CECILIA VIUDA.

12

DRAMA EN TRES ACTOS.

POR DON LUCIANO FRANCISCO COMELLA.

TERCERA EDICION.

PERSONAS.

Cecilia, viuda honesta.
La Marquesa.
Jacinta, criada de Cecilia.
Payas.
Marica.
Pepa.
Paca.
Tomasa.
Don Fernando, Teniente de Caballeria.
El Marqués.
Don Nicasio Administrador del Pueblo.
Don Juan, criado mayor del Marqués.
Celedonio, Alcalde del Pueblo.
Bartolo, Personero.
Bonifacio Diputado.
Regidores.
Faustino.
Patricio.
Patraña, Cabo.
Marchena, Soldado.
Un Recluta.
Mozos.
Luis.
Simon.
Blas.
Benito.
Alguaciles, Carnicero, y Mozos que no hablan.

La Escena se finge en una Aldea del Marqués, quatro leguas distante de Portugal, en Castilla la Vieja.

ACTO PRIMERO.

El Teatro representa una parte de la Aldea; la izquierda edificios, y la derecha bosque: el foro será un cerro: noche con Luna en el Ocaso, que á rato empezará á ocultarse, y se figurará que amanece aclarándose el teatro por grados: una dulce sinfonía imitará noche, despues el amanecer, luego la salida del Sol, y concluirá quando suenan los gritos de los Payos que van al Castañar: sale Don Fernando, mira al Cielo, y luego dice:

D. Fern. YA los primeros albores
de la aurora las tinieblas
de la noche á desterrar
con rasgos de luz empiezan:
diré á Jacinta que llame
á Cecilia, que en la Iglesia
pronto empezarán á hacer
la señal de la primera
Misa: desde que ha enviudado
ningun dia falta á ella,
porque por Lucas al Cielo
se la ofrece su modestia;
pero ya á tocar principian:
¿Jacinta? Ya está en la puerta.
salen Cecilia y Jacinta.
Cecilia: ¡qué pronta al eco
del metal tu fé se ostenta!
Cec. Todo corazon virtuoso,

que

que oye que la dulce lengua
de la Casa del Señor
le llama á rendirle ofrendas,
y á tomar su bendicion
para empezar las tareas
del dia, no ha de tener
perezosa la obediencia;
Yo voy á esta hora, porque
la tristeza que me cerca
es tan funesta, que verme
á mí misma no quisiera.

D. Fern. Cecilia, yo te confieso
que es mas que justa tu pena,
pues la muerte de tu esposo,
la del Conde, la miseria,
que es preciso experimentes
por no cumplir su promesa
el Marqués, y los amores
que osado te manifiesta
su Administrador, no son
pesares que no merezcan
que el pecho de mas teson
se acobarde ó se resienta;
pero tu conformidad
venció penas mas acerbas:
acuérdate del perdon
que al Marqués dió tu entereza.

Cec. Vamos á Misa.

D. Fern. Cecilia,
aunque mi voz te recuerda
estas funestas memorias,
no lo hace por darte pena,
sino porque en mis consuelos
conozcas que me interesan.

Cec. Ya lo sé; pero que usted
tome tanta parte en ellas
es de extrañar. Yo ni Lucas
en alojarle con muestras
de gratitud; nada hicimos,
cumplimos con la obediencia
debida al Rey, que al vasallo
alojar la tropa ordena.

D. Fern. Vuestra virtud, vuestro honor
echaron tales cadenas
á mi corazon sensible,
que á los afectos que engendra
el parentesco mas tierno
el que os profeso supera.

Jac. A tocar vuelven, señora.

Cec. A Misa entremos apriesa.

D. Fern. Vamos á buscar á Dios,
que el que le busca le encuentra.

Salen Marica y Pepa cada una por su lado, con escobas en la mano, mirando á Cecilia, y despues cantan la siguiente cancion.

Duo.... Del olivo el verde ramo,
cógele,
que yo sé
que llenará de esperanzas
á tu fe:
cógele,
cógele, zagala,
cógele.

Pep. Marica, mucho madruga
Cecilia á dar una guelta *con malicia.*
con el Oficial.

Mar. Muger,
yo de ella jamás creyera
tal bellaquería.

Pep. Estados
mudan costumbres.

Mar. ¿Qué piensas
de esto?

Pep. Yo mal.

Mar. Yo peor.

Pep. ¡Pobre Lucas! si vivieras,
¿qué dirias?

Mar. Que las viudas
que mas el llanto exâgeran
por el difunto, del vivo
que tiene compasion de ellas,
con santa conformidad *dentro gritería.*
que se le enjugue desean.

Pep. ¿Qué es esto?

Mar. Que ya la gente
va al Castañar segun señas.

Pep. ¿Tan temprano?

Mar. El Mayordomo
que el amo tiene en su hacienda
(que es tan bueno como él) trata
á los pobres como bestias,
pues quando para él trabajan
hasta el descanso les niega,
y hoy no es tan malo, supuesto
que al salir el sol los lleva
á la fatiga.

Pep. Callemos,

que

que él con todos aquí llega.

Se ve salir el Sol por el lado opuesto al de la Luna, y salen Paca, Tomasa, Luis, Blas, Simon, y los mas que puedan de mozos y mozas, estos con varas y unos lienzos al hombro, y aquellas con cestas, cantando todos, y detrás Don Nicasio.

Coro. Tributen parabienes.
al conductor del dia
todos los Payos;
pues todo ser recobra
otra vez alegria
viendo sus rayos.

Cancion. Del olivo al verde ramo,
cógele &c.

D. Nic. Dexaos ya de canticios,
y marchad á la tarea,
holgazanes; ninguno hay
que el pan que come merezca,

Luis. De otra suerte nos trataba
el Conde que en gloria sea.

Pac. En tiempo de su merced
se ignoraba la miseria
en el Lugar, pero ahora::-

D. Nic. Al trabajo, y pocas quejas,
que yo hago lo que me manda
el Amo.

Mar. Pero pudierais
escribirle la desdicha
en que se halla nuestra Aldea
desde que mandó quitarnos
todo lo que la clemencia
del Conde nos daba.

D. Nic. Yo
debo mirar por la hacienda
del Amo: la economia
es la obligacion primera
de un Administrador.

Pep. Para
enriquecerse con ella
él, ¿no es verdad D. Nicasio?

D. Nic. ¡Qué necedad!

Pep. Una bestia
como yo, qué ha de decir
sino necedades de estas.

Blas. ¡Qué Conde aquel Conde!

Pep. A mí
me pagaba la Maestra.

Luis. A mí la Escuela.

Pac. A mi madre
toitas las sementeras,
como era viuda, la daba
cebada para las tierras.

Mar. Quando la piedra, á mi padre
le compró un par de muletas
que valia cada una
quatro reales.

Pac. Dios le tenga
en su descanso, y le dé
tanta gloria como buenas
obras nos hizo.

Todos. Amen: ¡quánto
su muerte llora la Aldea! *llorosos.*

Pep. Por la del Marques qué poco
llorára ninguno de ella.

D. Nic. Porque no fomenta el ocio
dandoos limosnas superfluas.

Mar. ¿Superfluas?

D. Nic. Al castañar,
y dexémonos de grescas:
tú cuida que estos bribones *á un Mozo.*
pocos cigarros enciendan,
y que no metan el fruto
en las faltriqueras éstas:
¿estás? Pero yo daré
por allá pronto una vuelta,
y si tú no cumples, ni ellos,
de la quadrilla ireis fuera.

Pac. Vamos allá, y para dar
algun vado á nuestras penas,
repita de la cantiña
segunda vez la cadencia:
Del olivo al verde ramo, &c.

Vanse todos menos Don Nicasio, Marica y Pepa.

Mar. ¡Qué corazon de novillo
tiene usted!

Pep. ¡Quien lo creyera!

D. Nic. Esos bribones, de toro
merecen que uno le tenga;
pero vosotras dos:::

Pep. Zape.

Mar. Entremos en casa, Pepa,
que hay un gato en el Lugar
que todo lo golosea.
Vanse cada una por donde salió.

D. Nic. Mira:: mi.. :: ya se fueron.

¡Qué vida tan placentera
es la mia! Todo el Pueblo
á mi gusto se sujeta;
no respeto á la justicia,
defraudo todas las rentas,
y me embolso las limosnas
que los Marqueses me ordenan
dar (á imitacion del Conde)
á los pobres de la Aldea:
tambien usurpo los mil
pesos que sobre la hacienda
libre tienen señalados
á Cecilia en recompensa
de su virtud; estos daños
los hago con la cubierta
de que el Marques me lo manda,
y como en la Aldea piensan,
viendo esto, que fué fingida
de su conducta la enmienda,
tienen por inutil darle
parte de mi prepotencia,
pero aquí viene Cecilia
con el Oficial, quisiera
hablarla:: mejor será
con alguna estratagema
ir á su casa despues:
su peregrina belleza
es dulce imán que arrebata
mis sentidos y potencias.

Plaza del Lugar. Salen Celedonio y Bartolo con dos Alguaciles.

Cel. Señor cortador, si á nos *mirando*
llegáre acaso otra queja *(ácia dentro.*
por medio de un pedimento
de boca, de que cercena
los pesos con robicidios,
una catástrofe séria
hará la nuestra merced
con él; con que, amigo, cuenta,
que mi vara no se tuerce
por faldas ni por pesetas,
porque *femina & pecunia*
fugite partes adversas
á Celedoniorum vara.
¡Qué otra vez me reeligieran
Alcalde! mucho lo siento;
¿mas qué le he de hacer? paciencia,
que los cargos de la Pátria
deben tener los Atletas:
el folio á abrir entremos
que hoy el Marques nos espeta
en respuesta del recurso
que le hizo nuestra impotencia
tocante á las follonadas
que su Mayordomo engerga,
que ya los demás Consúles
en el Capitolio esperan.

Bart. El Diputado y demas
no tienen tanta viveza
como vos, y todavía
dormirán á pierna suelta.

Cel. Dices bien, y mientras vienen
demos por aquí dos vueltas.

Sale el Cabo Patraña con otros Soldados de Caballería, todos en chupa, con gorra, y las espadas debaxo del brazo, cantando las siguientes

Seguidillas. El que no ha melitado
en este mundo,
ni es sugeto de forma
ni de buen gusto.
Que en la Melicia
las personas mas rudas
se cevilizan.

Sold. 1. Señor Cabo Esquadra, vaya
que usted siempre se las pela
por cantar.

Patr. ¿Y qué tenemos?
Quando estaba yo en la guerra
de Panzacola espantaba
las bombas de esta manera,
porque las causan temor
las seguidillas manchegas.

Sold. 1. Allí está el Alcalde.

Pat. Bravo:
voy á darle una querella
contra el vino del lugar;
porque es uno en la apariencia,
y otro en la substancia.

Sold. 1. Vamos.

Se llegan ácia el Alcalde, que se habia estado paseando.

Patr. Señor Alcalde, usted sepa *jugando con la gorra.*
que las presonas de modo
quando van á la taberna
van á beber vino, y quando
á la fuente (que es por fuerza)
van á beber agua. ¿Está

usted? esta es mi querella;
usted allá la defina
con su acostumbrada cencia.
Cel. Esto es decirme, *in terminis*,
que el tarbenero violenta
con agua la doncellez
del vino: no paseis pena,
que yo fallaré el castigo
que merece tal violencia.
Sale Faust. ¿Vino el otro Regidor?
Bart. No, y ha una hora que espera
Celedonio.
Faust. ¿Pues qué haremos?
Bart. Yo no lo sé, y la respuesta
de la carta del Marques
quizá requiere gran priesa. (abrirla
Faust. Hombre, hay mas que antes de
los tres respondamos á ella?
Bart. No lo apruebo.
Faust. Pues yo quiero
que se responda.
Bart. Es demencia.
Faust. Yo soy Regidor, y basta.
Bart. Yo Personero.
Cel. Prudencia:
vamos al Ayuntamiento
á abrir la carta, babiecas,
y si el otro Regidor
y el Diputado se quejan,
que se quejen: esto fallo.
Bart. Sois un archivo de ciencia.
Faust. Sois naturalmente sabio.
Cel. Por eso dixo un Poeta
que dabit natura nemo
potest negare: á la Audiencia,
y de paso al tabernero
le daré una mano buena. *vanse.*
Patr. Ya se fueron: otra vez
sigamos, chicos, la gresca.
Cantan. Si por querer el diablo
niña, te tienta,
busca en vez de polainas
escarapelas.
Que su bambolla
si no te da provecho
te dará honra. (Cabo,
Sale D. Fern. ¡Válgame Dios, señor
¡qué cabeza tan deshecha
tiene usted! ¿Quánto mejor
fuera que el tiempo que emplea
en seguidillas le empleára
en oir misa? El que quiera
tener buen acierto en todo
procure esta diligencia
todos los dias hacer,
y verá como lo acierta.
Patr. Verbo y gracia: como usted
y la Patrona.
D. Fern. No ofenda,
señor Patraña, con voces
misteriosas la modestia
de Cecilia.
Patr. Mi Teniente,
de quanto digo sospecha,
y apuradamente soy
exemplo de la inocencia.
D. Fern. ¿Tenemos algun recluta?
Patr. Cómo le ha de haber si echa
agua al vino el tabernero,
y aunque moja no calienta. (el vino,
D. Fern. ¿Quién le ha dicho á usted que
el engaño ó la violencia,
son medios equitativos
de reclutar? El que sienta
plaza debe hacerlo
con conocimiento, sin fuerza,
y excitado de la gloria
de servir en la carrera
de las armas á un Monarca
que por su piedad inmensa,
por su amor á sus Vasallos
y por sus amables prendas
se hace digno de que todos,
ya en la paz, ó ya en la guerra,
con enardecido afecto
le sirvan á competencia;
Patr. Usted, mi Tiniente, quiere
que todos como usted sean,
y yo no puedo: esta cholla,
y denpues esta flaqueza
de encandilárseme el alma
y el cuerpo con las mozuelas.
Vamos, si no puede ser
que en la vida juicio tenga.
D. Fern. ¿Y qué hay de nuevo? que usted
hoy no ha ido á darme cuenta
de su persona, y me ha dado
lugar que á buscarle venga.

Patr. Señor, nada.
D. Fern. ¿Y los caballos?
Patr. El mio está con jaqueca
desde ayer; por lo demás
tiene tan buena cabeza
como yo; ¿lo entiende usted?
relincha quando ve yeguas.
D. Fern. Por amor de Dios, señores,
que se porten con prudencia,
y que no den que decir
á las gentes de la Aldea. *vase.*
Patr. En dos años que ha que estamos
de recluta en esta tierra
no ha dexado ningun dia
de encajarnos esta arenga,
que á mi Tiniente, á mi ver,
mejor que la escarapela
le estaria una capilla;
amigo, erró la carrera.
Sold. 1. Que quieres, si semos malos.
Patr. Aunque lo semos, Marchena,
vamos á Misa, y de tanto
tiempo que el diablo se lleva
demos este poco á Dios,
para que en esto se vea
quánto el exemplo del Xefe
en el súbdito aprovecha. *vanse.*
Sala de Ayuntamiento: en ella Celedonio, Bartolo y Faustino sentados, y los dos Alguaciles en pie.
Bart. Abrase la carta, vamos,
Cel. Ya está, Tribunos, abierta.
Faust. Vos la podeis leer Bartolo.
Bart. Vos, Faustino, podeis leerla.
Faust. Por Síndico á vos os toca.
Bart. Yo os cedo la preeminencia.
Faust. No la leo.
Bart. La leereis.
Faust. No la leeré aunque supiera::-
Cel. ¿Por qué?
Faust. Porque no sé leer.
Cel. Pues vos la leereis por fuerza.
Bart. Digo que no la leeré.
Cel. ¿Cómo?
Bart. Como aunque yo quiera
tampoco sé.
Cel. Pues Litores *se levanta.*
aquí se acabó la Audiencia.
Sale Bon. ¿Qué es esto?
Cel. Leed esta carta:
todos á sentarse vuelvan.
Cid.
Bon. Concejo, Justicia,
Regimiento de mi Aldea::-
Cel. Animal, bésala, y luego
pónla sobre la cabeza. *hácelo así Bonifacio.*
Bonif. Ya está hecho.
Cel. Ahora prosigue.
Fonif. Etcetéra os participo::-
Cel. Antipoda la leyenda
de nuevo empieza.
Bonif. Concejo,
Regimiento de mi Aldea,
etcetéra: os participo
como recibí la queja
contra mi Administrador,
á quien pido con presteza
me informe sobre el asunto
para tomar providencia.
El Marques.
Cel. Este Marques::-
levantándose y dando un golpe con la vara en el suelo.
no te precipites lengua;
pero hay cosas en el mundo
que hacen perder la paciencia.
¡Del mismo reo informaıse!
tan solo el Marques lo hiciera,
que es un loco::- sin querer
ya lo encaxó mi influencia.
¡Cómo ande el monopolío,
la estafa, la prispotencia,
el mal trato, el dispotismo,
la iniquidad y vileza
ha de confesar! Yo soy
un borrico, y no pidiera
al mismo acusado informe
del crimen que le motejan.
Padres conscriptos pensemos
qué haremos en tal urgencia.
Los tres. Pensemos.
Se quedan pensativos en varias aptitudes, y sale Patricio.
Patr. Ya estoy aquí,
la carta del Marques lean;
¿pero qué es esto?
Cel. ¿Con que *levanta la cabeza de pronto.*
mi voto todos aprueban?

Bart. Sí.
Cel. Pues vámonos á arar.
Patr. ¿Y la carta?
Cel. Eccela abierta.
Pat. ¿Sin mí? protesto la Junta.
Cel. Aquí no valen protestas:
venir temprano.
Patr. Tenia
que dormir.
Cel. Buena respuesta.
Bart. Para poner la postura
en verdad que bien despierta
temprano el tio Patricio.
Cel. Eso es por lo que se pega.
Patr. El acto es nulo.
Cel. Callad,
y todos conmigo vengan.
Bonif. Qué distinto este Marques
que el Conde el lugar gobierna.
Cel. En los Protócolos nuestros
haré que por él se extienda:
Pesimus est Imperator,
que in sibi mismus no imperat. *vans.*
Zaguan de la casa de Cecilia con tres puertas; encima de la del medio habrá una ventana que figura serlo de un sobradillo, y aun lado colgadas unas pistolas de arzon; aparece Cecilia sentada leyendo.
Cec. Ya que tengo estas paredes
cansadas con mis querellas,
pues que de dia y de noche
mi llanto y quejas no cesan,
quiero dar, leyendo un rato,
á tan triste penar treguas.
Sale Jacinta con un pan.
Jac. Señora::-
Cec. Qué traes aquí?
Jac. Este pan, que la tendera
me ha dado fiado, y que hoy
será la comida nuestra
solamente, pues no hay nada
de que echar mano se pueda
en casa, ni que empeñar
ni vender en ella queda.
Cec. Por tí lo siento, que yo
me pasaré con qualquiera
cosa: llévale allá dentro.
Jac. ¡O, quién su virtud tuviera! *vas.*
Cec. ¡Pobre muchacha! Aunque ve
que me falta á la promesa
el Marques, que por la muerte
del Conde estoy sin la renta
que me señaló, y en fin,
que otra vez en la miseria
voy á verme sumergida,
quiere ser mi compañera,
y pretende tener parte
en mis fortunas adversas.
Sale Pac. Allí está Cecilia: qué alma
tiene tan cándida y buena!
no llega pobre ninguno
á quien no socorra tierna.
A Dios, Cecilia.
Cec. A Dios, Paca;
siéntate.
Pac. Hoy estoy de priesa.
Cec. ¿Qué traes?
Pac. Venia::- como
fue tan mala la cosecha,
á ver si vos::-
Cec. ¿Chica? dale
medio pan, no te detengas.
A Jacinta, que sale así que la llama.
Pac. ¿Sin pedirle me le dais?
Entrase Jacinta, y luego sale y la dá el medio pan.
Cec. Quiero ahorrarte la vergüenza;
porque, amiga, para mí
no hallo mayor complacencia
que dar con aquesta mano
al pobre lo que con esta
recibo de Dios; que el bien
que se hace, consigo lleva
una recomendacion
tal, que aunque la recompensa
sea ingrata, de haberlo hecho
jamás al alma le pesa.
Pac. ¡O qué bondad! Señor::-
Vase, y al tiempo de entrar se encuentra con Don Fernando, que ha estado escuchando las razones de Cecilia.
D. Fern. Calla.
Jac. Vos os pasais ya de buena:
¿de un pan que teneis dais medio?
Cec. Y si otro pobre viniera
le daría lo restante.
Jac. ¿Y entonces hoy que comierais?

que

que como de Don Fernando
ocultais vuestra miseria,
y no quereis disfrutar
de su mesa, aunque os lo ruega,
ningun recurso os quedaba.

Cec. Si me faltaba en la tierra,
sé que desde el Cielo cuida
de todos la providencia.

D. Fernando á este tiempo tira una moneda de oro, y vuelve á ocultarse.

¿Qué es esto, quién ha tirado
esta onza de oro á la pieza?
Pero yo lo miraré:

Abre la puerta, y halla á D. Fernando.

¿la tiró vuestra modestia?

D. Fern. ¿Yo? ¡Que despues de arrojarla
no me haya salido fuera! *ap.*

Cec. Usted, Don Fernando, usted,
en vano ocultarlo intenta,
y su bolsillo este don
otra vez á ocupar vuelva;
lo uno porque en mí no hay
para merecerle prendas,
lo otro porque lo preciso
Dios piadoso me franquea.

D. Fern. Cecilia, todo lo he oido,
sé del modo que te encuentras:
vosotros quando yo vine
á este Pueblo de bandera
(que fue quando de su herida
Lucas curado hubo apenas)
gozabais tranquilamente
de la noble recompensa
que á vuestras virtudes dieron
los Señores de esta Aldea;
pero la muerte del Conde
os quitó una parte de ella,
al año; y habiendo entrado
en posesion de la hacienda
el Marques, como marido
que es de su hija la Marquesa,
ordenó á su Mayordomo,
segun él mismo confiesa,
que os quitase la otra parte;
y así volvió la indigencia
otra vez á introducirse
en vosotros con mas fuerza:
despues Lucas fatigado
de las humanas miserias,
al impulso de una fiebre
por mejor vida trocó esta,
dexándonos á los dos
sumergidos entre penas;
yo llorando su amistad,
tú llorando su terneza:
antes de morir, con rostro
de una alma á quien no la aterra
la eternidad, porque se halla
libre de la vil cadena
del remordimiento, á entrambos
nos llamó, y con voces tiernas
profirió: »Cecilia hermosa,
»aunque yo muero te queda
»en Don Fernando un amigo
»honesto que te proteja;"
fixando en un Crucifixo
despues la vista, con señas
de dolor y de alegria,
á quien le dió el sér entrega
el sér: esta confianza
le merecí en su postrera
hora, y ofrecí pagarla
con mi proteccion sincera.
Esto supuesto, Cecilia,
negándome tu miseria
me ofendes á mí y á Lucas;
á Lucas en la obediencia,
y á mí en la satisfaccion,
pues dudas de mis promesas;
mas puesto que á pesar tuyo
sé el estado en que te encuentras,
desde hoy mi sueldo contigo
partiré, y en quanto pueda
cuidaré de tu persona
como de la mia mesma;
que si perdiste un esposo
que velaba en tu asistencia,
en su puesto un protector
piadoso y benigno encuentras.

Cec. Mi gratitud, Don Fernando,
no halla voces con que pueda
significaros las gracias
que el alma daros desea,
pero el rendimiento explique
lo que no explica la lengua.

Jac. Casi en un Oficial joven
tanta virtud y modestia
es increible.

Cec.

Cec. Al libertino
lo será; al que no penetra
la fuerza del Christianismo,
al que ignora que en su esfera
en todas clases y edades
las virtudes se profesan,
y de estas virtudes duda
quien nunca supo exercerlas.
D. Fern. En la tropa hay bueno y malo,
porque esta ilustre carrera
no se opone á las virtudes;
al contrario las enseña.
Cec. Pero á tanto favor cómo
podré yo dar recompensa?
D. Fern. Disfrutándole.
Cec. No es justo,
primero es vuestra decencia.
D. Fern. Primero es mirar por tí;
mi decencia en siendo honesta
basta.
Cec. Pero en protegerme,
qué fin vuestro pecho lleva?
D. Fern. El del sábio, que vivir
con sus próximos desea
para procurar su dicha.
Cec. Vos me llenais de vergüenza.
D. Fern. Tú á mí de emulacion noble
con que imitarte quisiera.
Cec. Qué bondad!
D. Fern. Qué candidéz!
Cec. Dios os bendiga y proteja.
D. Fern. Y á tí para tantos males
te llene de resistencia:
ven conmigo. *á Jacinta.*
Cec. Dónde vais?
D. Fern. Luego lo sabrás, espera.
Cec. Quién creerá en un Oficial
joven accion tan honesta!
D. Fern. Quien sepa que la virtud
el que quiere la profesa. *vanse.*
Cec. Supremo Hacedor,
suma providencia,
ó qué pronto diste
alivio á mis penas!
En fin ya no me hallo
en suma pobreza,
ni me hallo tampoco,
en riqueza extrema;
mas como de noche
dormir no me dexan
las amargas ansias
que al alma atormentan,
el cuerpo parece
que al sueño se entrega,
y que se entorpecen
sentídos:: potencias.
se queda dormida en la silla.
Sale D. Fern. Ya lo necesario
á Cecilia bella
comprando Jacinta
en la plaza queda,
pero allí entregada
al sueño se muestra;
voy á despertarla:::
indiscrecion fuera:
subirme á mi quarto
quiero con reserva
á escribir al Xefe
mientras que despierta.
entrase por la puerta de enmedio.
Sale D. Nic. Sola está Cecilia,
y pues con certeza
sé que la criada
y el Oficial quedan
en la plaza ahora,
la ocasion es esta
de lograr seguro
mi amorosa idea;
pero para ello
cerraré las puertas; *va cerrando las*
y á fin que su mano *tres puertas con*
á darme se avenga *mucho silencio.*
usaré del ruego,
rigor y cautela:
ya queda cerrado.
Cómo el pecho tiembla
pensando el agravio
que hago á su modestia!
Mas qué me acobarda.
quando mi violencia
ni fueros divinos
ni humanos respeta?
Cecilia, Cecilia? *la despierta.*
Cec. Quién
me llama? vos? Salios fuera,
qué quereis?
D. Nic. Vengo á traerte,
ya que el Marques te lo niega,

un socorro de mi parte.

Cec. Conozco vuestras ofertas,
y así idos.

D. Nic. No es posible,
sin que antes á mi terneza
correspondas con la tuya.

Cec. Qué profiere vuestra lengua?

D. Nic. No me culpes á mí, culpa
tu soberana belleza.

Cec. Cómo soberana, siendo
belleza perecedera?

D. Nic. Como puede hacer dichoso
al mortal que la posea.

Cec. Y qué dichas causar puede
un vil compuesto de tierra?

D. Nic. Sofisterias, y así::-

Cec. Ved que mi honor::-

D. Nic. Y qué piensas
tú que es honor?

Cec. El mayor
bien de una muger honesta.

D. Nic. Y aunque no le tengas, dime,
quién lo sabrá?

Cec. Quién? Yo mesma,
y Dios.

D. Nic. Pero para el mundo
conservarás tu modestia.

Cec. Pero ante el Supremo Juez
seré criminal y rea.

D. Nic. Siendo mi esposa?

Cec. He jurado
á Lucas firmeza eterna.

D. Nic. Que poco con el Teniente::-

Cec. Qué pronunciais?

D. Nic. Estoy fuera
de mi. Yo muero: tu mano
temple tan fiera dolencia.

Cec. No loespereis.

D. Nic. No? Pues ya
que á mis ruegos se la niegas,
la concederás ingrata
á mi rigor. *quiere tomarla*

Cec. Qué violencia! *la mano.*
yo huiré de vos :: pero ah,
están cerradas las puertas!
Ay Dios! que estén fuera todos!

D. Nic. Ningun recurso te queda.

Toma Cecilia una de las pistolas, y se la alarga á Don Nicasio; él rehusa tomarla.

Cec. Pues, bárbaro, hiéreme,
pásame el pecho, no temas;
que primero que consigas
el fruto de tus ideas
quiero á Dios sacrificar
por tu furor mi modestia.

Quiere acercarse, y Cecilia pone la pistola en acto de dispararla contra sí, y se arrima á la puerta de la izquierda.

Cec. Si otro paso dais yo misma
me daré la muerte fiera:
para escapar de su furia *ap.*
he discurrido esta treta.

D. Nic. Detente, Cecilia.

Cec. Pues
abridme esa puerta.

D. Nic. Dexa::-

Don Fernando dentro de la puerta de en medio.

D. Fern. Qué voces son estas? mas
está cerrada la puerta.

Cec. Por fortuna mal cerrada
la puerta ha dexado::-

Reparando en la puerta de la izquierda, á donde se ha arrimado.

D. Nic. Espera,
que pretendo que conozcas::-

Cec. Nada habrá que me detenga,
y asi::-

Forcejeando por abrir, abre la puerta de golpe, cae dentro, y suena tiro de pistola, y Don Fernando se dexa ver en lo alto del sobradillo.

D. Fern. Qué veo!

Cec. dentro. Ay de mí!

D. Fern. Allá voy en tu defensa.

Se tira desde el sobradillo con la espada en la mano, y se queda inmovil.

D. Nic. Cecilia se ha herido, ó Cielos!

D. Fern. Ay triste!

Levantándose, y apoyándose sobre la espada, como que se ha lisiado una pierna.

D. Nic. Apelar es fuerza
á la fuga, aprovechando
el tiempo que me franquea
el golpe que el Oficial

se ha dado: fortuna adversa,
esta vez nos ha permitido
que se logren mis ideas.
vase por la derecha.
D. Fern. Espera, infame: mas ay
que me lastimé esta pierna!
que no me dexe el dolor
ir á vengar esta ofensa!
Pero primero es preciso
dar auxîlio á la inocencia
de Cecilia. Dios piadoso,
dadme para hacerlo fuerzas;
pero ya vuestra bondad
inspira en mi fortaleza,
y en ayuda de Cecilia
se dirige mi clemencia,
pues de la pistola ignoro
si acaso dió el tiro en ella,
que las desdichas humanas
quando en perseguir se empeñan
á un mortal, unas de otras
son precursoras funestas;
pero para superarlas
opondré mi resistencia,
aunque sepa aventurar
mi vida por defenderla,
pues por su vida mi vida
nada importa que se pierda.

ACTO SEGUNDO.

Salon corto en casa de Cecilia: sale ésta precipitada, y D. Fernando siguiéndola.

Cec. No me sigas, monstruo horrible,
dexa mi honor puro y terso.
D.Fern. Que soy D. Fernando advierte,
reconóceme. *le mira.*
Cec. En efecto:
perdonad.
D. Fern. Estás herida?
Cec. Es tan fuerte el sentimiento
que el alma siente, que ignoro
si padece alguno el cuerpo.
D. Fern. Ningun indicio distingo
de herida. *mirándola.*
Cec. Gracias al Cielo.
D. Fern. Cómo se disparó el arma?
Cec. Con el tropezon violento
que dí al tiempo de la fuga.
D. Fern. Fue fortuna que::-
Dentro Celed. Al momento
entremos todos, señores,
á ver del tiro el suceso.
Dent. Bart. Vamos, que segun informan
las vecinas es funesto.
Salen Celedonio, Bartolo, Faustino y Alguaciles.
Celed. Cecilia?
Cec. Qué me mandais?
Celed. Qué ha habido aquí? dilo presto,
que las voces que habeis dado
y el tiro que se oyó dentro
denotan::-
Cec. No ha sido nada.
D. Fern. No ha sido nada, es muy cier-(to,
pero el::-
Celed. Proseguid.
Cec. Pero el
tiro que os dá tanto miedo::-
D. Fern. Le motivó::-
Cec. Ya se ve,
el tomar mi poco seso
la pistola y dispararse:
no descubrais el misterio. *ap.*
Beat. Pero por qué Don Nicasio
salió de aquí tan corriendo?
Cec. Tendria que hacer.
Faust. Y aquí
á qué vino?
Cec. Vino atento
á ofrecerme su piedad.
Celed. De su pecho no lo creo.
Cec. Pues lo hizo.
Celed. Con que á ninguno
de los dos su vil denuedo
hirió?
D. Fern. No lo veis?
Celed. Muy bien,
quedo satisfecho de ello:
ahora, nobles capiscoles,
con iligancia pensemos
qué hemos de hacer con el tiro,
no sea el diablo que reo
rese maestate resulte.
Bart. Apercibirle de recio.

Faust. Apercibirle? prenderle.
Celed. Id vos á su prendimiento,
y en prendiéndole encavadle
el par de grillos mas gruesos.
Faust. Al tiro grillos?
Celed. Al tiro,
Faust. Si no tiene pies,
Celed. Camueso,
si no tiene pies, tampoco
tendrá para preso cuerpo,
y esto se entiende *tenetur*
ad imposibile nemo. *vanse.*
D. Fern. Ya te obedecí, Cecilia;
pero sabe que no entiendo
por qué ocultas de ese infame
los detestables proyectos.
Cec. Yo os lo diré: los oculto
porque sacrificar quiero
á Dios las persecuciones
para mas merecimiento;
ademas que las materias
de honor son en nuestro sexô
tan delicadas, que á veces
es peor que el mal el remedio,
porque en decirlas padece
el pundonor detrimento,
y por evitar un mal
se siguen otros mas fieros,
pues entre creerlo y dudarlo
se dividen los conceptos.
D. Fern. Pero debo tolerar
de un vil el atrevimiento
de querer burlar tu honor?
No, tolerarlo no debo,
en su busca parto á dar
á su maldad escarmiento.
Cec. Don Fernando::- *deteniéndole.*
D. Fern. Con cautela
sabré asegurar el hecho.
Cec. Deteneos, y advertid
que tan solamente el cielo,
y despues los Reyes, tienen
en nuestras vidas imperio.
Y quando del cielo el brazo
se reserva este derecho,
qué mortal tendrá valor
para usurparle sus fueros?
El perdonar las injurias
al próximo, fuera de esto,
debe tener el Christiano
por gloria: de sus opuestos
debe ser amigo, y debe,
aun de su asesino mesmo,
besar la traidora mano,
y orar por su emienda al cielo;
que aunque es dulce la venganza
en sus ímpetus primeros,
su dulzura es como el rayo,
que mata y alumbra á un tiempo.
D. Fern. Es verdad que es criminal
la venganza en nuestros pechos,
y que el delito privado
perdonar todos podemos;
pero el daño que al comun
resulta de los perversos,
por medio de la justicia
debe el ciudadano cuerdo
precaver, porque mas vale
separar del cuerpo un miembro
podrido que no que dañe
á todo el resto del cuerpo;
fuera de qué, si se entrega
esta maldad al silencio,
es dar lugar á que insista
Don Nicasio en sus excesos.
Cec. Pues qué debemos hacer?
D. Fera. Oponer á sus deseos
la precaucion, y quejarse
de él á un Tribunal supremo.
Cec. Quizá no insistirá mas
D. Fern. Es mucho su atrevimiento.
Cec. Puede amonestarle el Cura.
D. Fern. No hará caso de sus ruegos.
Cec. Es christiano.
D. Fern. Pero malo,
Cec. Es humano al fin.
D. Fern. Mas fiero.
Cec. Con el tiempo de sus culpas
sentirá remordimientos.
D. Fern. Aunque lo sienta el malvado
hace poco caso de ellos.
Ccc. Perdonarle á mí me toca
en fin.
D. Fern. Y á mí buscar medio
de precaver de su insulto
tu modestia.
Cec. Se la tengo
encargada á Dios, y Dios

la

la libertará de riesgos. *vase.*

D. Fern. ¡Con qué confianza el virtuoso
entrega al poder supremo
su corazon! mas qué mucho
si en su Tribunal no es reo.
¡O prodigiosa muger,
digna de lauros eternos!
en tu favor mi conato
empleará todo su esfuerzo,
para que tantos peligros
pueda superar tu pecho. *vase.*

Múdase el Teatro en un castañar, que ocupará todo el foro, con sus baxadas: aparecen al pie de él sacudiendo los castaños hombres y mugeres cantando la siguiente cantiña.

Coro. Del trabajo la honrosa fatiga,
siga,
que dispensa sin contradicciones,
dones,
con que pasar la vida
todos los pobres.

Luis. Mas honrado es quien gana
el pan sudando
que el honrado que vive
del ocio esclavo.

Pac. Se fatiga en el ocio
el cortesano,
y el labrador descansa
en el trabajo.

Coro. Del trabajo la honrosa fatiga &c.

Luis. ¡Qué grande cosecha este año
hemos tenido!

Pac. Ya ha tiempo
que en diez leguas en contorno
no envió otra igual el cielo.
trueno á lo lejos.

Luis. ¿Pero qué es esto?

Tom. No es nada,
que ha tronado ácia lo lejos.

Blas. Vamos castañar arriba.

Tod. Vamos allá, repitiendo:
Del trabajo &c.

Suben castañar arriba y se ocultan, y el Marques dice dentro.

Marq. Pues el nublado amenaza
gran riesgo, segun lo denso,
ata, chico, los caballos
en ese tronco, y baxemos
al castañar á ampararnos
de sus ramas.

Salen el Marques y D. Juan de camino.

D. Juan. Con efecto
dice Vuecelencia bien.

Marq. Aquí hay un castaño hueco,
que si no del todo, en parte
nos puede servir de techo;
¡pero la tempestad crece
cada vez mas! ¡Cómo en esto,
aunque mas digan, su furia
contra el hombre ostenta el cielo!
¡Qué corazon gozará
de quietud al ver su ceño!
Si este solo es un amago
del encono sempiterno,
¡qué será el que hemos de ver
todos el dia postrero!

D. Juan. El caso es que en estos casos
todos al cielo tememos,
y en pasándose el nublado
olvidamos sus recuerdos.

Marq. Dices bien; pero con todo,
por ver si se aplaca el cielo,
dirijamos nuestros votos
á su compasion, diciendo:

Coro... Clemencia, clemencia,
cielo soberano,
templa lo inhumano
de la tempestad.
Que el furor del trueno,
que el rigor del rayo
conduce á un desmayo
mi animosidad.
Clemencia, Dios mio,
Dios mio, piedad.

Marq. Ya el rigor de la tormenta
parece que va cediendo.

D. Juan. Si señor, y va tomando
la nube rumbo diverso.

Marq. Ya no llueve, y el camino
podemos tomar del Pueblo,
á cuyo fin los caballos
haz conducir á este puesto.

Se va aclarando el Teatro, y apartándose las nubes hasta que se manifiesta el Iris.

D. Juan. Mejor será entrar á pie,
sin meter ruido, y con esto

conseguirá Vuecelencia
mas bien todos sus intentos.
Marq. De todos modos avisa
que esperen en ese cerro.
D. Juan. Está muy bien: la venida
del Marques aquí no entiendo,
quiera Dios que del amor *ap.*
de Cecilia no sea efecto. *vase.*
Marq. Aquí vienen dos zagalas,
á hablarlas yo me resuelvo,
por ver si me dan noticia
de lo que á averiguar vengo.
Salen Marica y Pepa, cantando.
Las dos. Bien venido seas
Iris matizado
á volver al prado
la tranquilidad.
Con tus tres colores
recobran las flores
el brillo perdido
con la tempestad.
Marq. ¿Adónde vais descarriadas
zagalas con este tiempo?
Pep. ¿Descarriadas? toma, ¿acaso
somos ovejas para eso?
Marq. ¿Pues qué sois corderas?
Pep. Oyes,
¿si será algun lobo hambriento
éste, que á devorar viene
las reses de nuestro Pueblo?
Mar. Bien puede ser, que no todos
los lobos que hay van en pelo,
que muchos gastan vestido.
Pep. ¿Y esos son mansos ó fieros?
Mar. Mas fieros son que los otros.
Pep. ¿Sí? pues yo pondré remedio:
Luis, Simon ::-
Marq. ¿A quién llamas?
Pep. Por si sois lobo á los perros.
Marq. Que arisca eres. *acercandose.*
Mar. Arre allá. *apartándose.*
Marq. Acércate.
Pep. Cepos quedos.
Marq. Yo las haré acercar; vaya,
este duro que os enseño
es de la que de mi mano
llegue á cogerle primero.
Saca un duro, y se le enseña.
Las dos. Yo, yo.
Corren las dos á un tiempo.
Pep. Suéltale, Marica.
Mar. Yo le cogí, y no le suelto.
Pep. Mira::-
Marq. Vaya no riñais,
que daros otro yo ofrezco:
tomadle. *las da otro.*
Pep. Dime, ¿en tu vida
has visto señor mas bueno?
Mar. Es tan bueno como el Conde
que de Dios goce.
Marq. Y su yerno
qué tal es? qué tal se porta?
Mar. Todo al revés de su suegro.
Pep. Quando estuvo en el Lugar
dicen que hizo mil excesos.
Marq. Qué no lo visteis?
Mar. Entonces
estábamos de aquí lexos.
Marq. Dónde pues?
Pep. En Guadalupe
á una promesa.
Marq. Me alegro:
con que el Conde os ha dexado
un heredero perverso?
Pep. Quando estuvo aquí marrazas
todas las mozas del Pueblo
matriculó.
Mar. Qué mentira!
Mire usted, lo que hizo fiero
fue en un libro de mimorias
sentar todo el mugeriego.
Marq. Y sabes tú por qué lo hizo?
Pep. No fue para nada bueno.
Marq. Qué mas hizo?
Mar. Con Cecilia
dicen que tuvo un enredo.
Pep. No fue enredo, picotera.
Mar. Pues qué fue, Pepa?
Pep. Un suceso,
y de resultas hirió
á Lucas que esté en el Cielo.
Marq. O qué rubor siente el alma
al oir estos recuerdos! *ap.*
Mar. En fin, desde que murió
el Conde todos nos vemos
llenos de necesidad,
y de vituperios llenos.
Pep. Qué hemos de tener, si el amo

nó tiene pizca de seso?
Sobre que es un loco.
Mar. Sobre
que no tiene un pensamiento
de humanidad.
Marq. El retrato *ap.*
que hacen de mí es estupendo;
algo hay de lo que el Alcalde
me ha escrito, pero no debo
partir de ligero; es fuerza,
primero de darle asenso,
exâctamente informarme
de un fidedigno sugeto;
que en los Pueblos por intrigas,
envidias ó parentescos,
se hace el exceso virtud,
y la virtud se hace exceso.
Pep. Señor, qué le ha dado á usted,
que así se ha quedado lelo?
Marq. Nada: en efecto, vuestro amo
es muy malo.
Mar. Segun eso
vos le conoceis?
Marq. Y mucho.
Pep. No le digais nada de esto.
Mar. Lo callaréis?
Marq. Id con Dios.
Pep. Si el Señor de nuestro Pueblo
fuera como vos::-
Dentro voces. Muchichas
vamos al Lugar.
Mar. Si luego
quereis vernos, en la Plaza
las dos os esperarémos. *vanse.*
Marq. Está bien.
Sale D. Juan. Vamos, Señor.
Marq. Vamos, y al mozo primero
que encuentres en el Lugar
pregúntale con secreto
en dónde vive Cecilia,
que necesito saberlo.
D. Juan. Advierta Ucencia::-
Marq. Don Juan,
obedece mis preceptos,
y calla.
D. Juan. Hay preceptos tales::-
Marq. Bien puedes obedecerlos:
preciso es el disimulo *ap.*
para averiguar el hecho. *vase.*
D. Juan. No quisiera que este viage
tuviera efectos funestos. *vase.*
Salen en lo alto del castañar todos.
Mozos. A comer, á comer, chicas.
Mozas. Vamos allá, repitiendo::-
Coro. Del trabajo, &c.
Sala de Ayuntamiento: aparece Celedonio, Bartolo, Faustino, Bonifacio y Alguaciles.
Cel. Acolitos de la Villa,
del Lugar Catecuménos,
á responder al Marques
sentémonos sin rodeos.
Se sientan todos menos Celedonio.
Los tres. Ya estamos sentados todos.
Cel. Muy bien; pero del Concejo
quién es la cabeza?
Los tres. Vos.
Cel. Pues levantaos, mostrencos, *se levantan.*
y no os senteis otra vez
sin que me siente primero:
Se sienta Celedonio, y despues los demas.
Bonifacio, de emanuense
me sirve tú: ve escribiendo.
Bart. Antes de eso es necessario
acordar qué tratamiento
se le ha de dar.
Faust. Désele
Eminencia.
Cel. No lo apruebo.
Bart. Désele merced.
Cel. Es mucho.
Bonif. Qué se le ha de dar?
Cel. Silencio:
Reverendo Padre en Christo:
Yo Celedonio Camueso,
por la gracia de Dios::-
Bonif. Dios::-
Cel. Alcalde del Pueblo::-
Bonif. Pueblo::-
Cel. Con toda solemnidad,
solemnemente contesto,
que recibí la solemne
carta que por el correo
vuestra caridad escribe
con solemnísimo afecto;
á cuyo fin:
Sale Patric. Celedonio?
Celedonio?

Cel.

Cel. Qué tenemos?
Patric. Oye. *le lleva aparte.*
Cel. Qué tenemos?
Patric. Nada,
porque decirlo no puedo;
pero ven conmigo.
Cel. Dónde?
Patric. Fuera del Pueblo,
Cel. A qué efecto?
quién me llama?
Patric. No lo sé,
porque me encargó el secreto
la Marquesa.
Cel. La Marquesa?
luego ha venido?
Patric. No puedo
decirlo.
Cel. Ha venido ó no?
Patric. No ha venido.
Cel. Bueno es eso,
pues cómo la has visto?
Patric. Vamos,
que allá lo verás.
Cel. Prefetos,
á modo de rogativa
salgamos á ver qué es eso.
Vanse en dos filas, y Celedonio detras de todos, y se muda el Teatro en plaza de Lugar, y sale D. Nicasio.
D. Nic. Una vez que no ha tenido
resulta alguna el suceso
del tiro, y que está Cecilia
sin lesion, segun dixeron
los vecinos, voy á ver
si con Don Fernando encuentro,
á fin de pintarle el lance
con coloridos diversos
de los que tuvo, y borrar
con engaño el mal concepto
que formó de mí; evitando
con esto que busque medios
de tomar resolucion
de castigar mis excesos;
que al hombre de bien es facil
el que le engañe el perverso;
y pues él á la bandera
suele dar de tiempo en tiempo
alguna vuelta, en la plaza
á esperarle me resuelvo.
Salen por la derecha las mozas, y por la izquierda los soldados.
Canta soldad. La que quiere al soldado
logra tres cosas,
mucho honor, mucha fama,
y mucha broma.
Viva el buen gusto
de la que á los soldados
mira sin susto.
Mozas. Tres cosas logra aquella
que ama al Soldado,
mucho amor, mucha hambre
y mucho palo.
Viva el buen gusto
de la que á los soldados
mira con susto.
Pasan por delante de los soldados sin mirarlos.
Patr. De quando acá con nosotros
gastais aspecto tan serio?
Mar. Desde ahora.
Vuelven á pasar sin hacerles caso.
Patr. Chiquitillas,
si es juego, baste de juego,
y si no es juego, y quereis
sacudiros de mi afeuto,
santas Pasquas, que el amor
como le tomo le dexo.
Pep. Por dexado. *vuelven á pasar.*
Patr. Por dexado,
que si me desprecian ciento,
ciento tengo que me ruegan.
Pac. Y no hay tantas en el Pueblo.
Patr. Pues qué discurris que solo
quiero á las del Lugar? quiero
á quantas hay en España,
y ha de haber; como que tengo
sobre ellas desde chiquito
exclusivo privilegio
para que antes de nacer
me hayan de querer.
Pac. Y es cierto
eso? *rien.*
Patr. Toma, desde el vientre
me dixo una yo te quiero,
Patraña, y para que veas
que en lo que digo no miento,
voy á nacer, y nacer
y abrazarme fue uno mesmo.

Mo-

Mozas. Bola, bola.
Sold. 1. Bola? vaya,
y yo lo ví.
Mozas. Qué embusteros!
Patr. El que es embustero es este
que lo vió.
Sold. 1. Vamos á esto:
y por qué nos despreciais,
muchachas?
Mar. Porque queremos.
Patr. Y porque tendreis á otros.
Pep. Mucho que sí: á un forastero
como unas perlas, que aquí
esta tarde vendrá á vernos.
Patr. Y qué le queréis?
Mar. Y mucho.
Patr. Por qué?
Pep. Porque da dinero.
Pac. A ésta la ha dado un ochavo,
y á ésta otro.
Patr. Vaya, á verlos.
Mar. y Pep. Mira.
Enseñan los duros que las dió el Marques.
Patr. Peso duro da?
malo, malo.
Mar. A qué el mal gesto
viene?
Patr. A nada; proseguid
con los forasteros, que ellos
con los duros que os darán
ablandarán vuestro ceño.
Pep. Pues qué son malos los duros?
Patr. Mas daño hacen que provecho.
Por un duro va á presidio
un ladron por mucho tiempo:
por un duro una Doncella
de una ama enternece el pecho:
por un duro una muchacha
su libertad da á un encierro,
y por un duro las gentes
se meten en los infiernos;
con que mira si los duros
son mas malos que no buenos.
Mar. Con todo que son tan malos
yo los duros apetezco.
Pep. Rabiad, rabiad.
Patr. Ay que tontas,
nosotros rabiar por eso.
Mar. El Señor que me le ha dado
puede ser útil al Pueblo,
y vosotros no.
Sold. 1. Por qué?
Pep. Porque él es un Caballero
conocido del Marques,
y podrá servir de empeño
para que trate mejor
á los pobres.
Mar. En viniendo
le diremos quanto pasa.
D. Nic. Qué es lo que oigo! *ap.*
Pep. Le diremos
que al bribon de Don Nicasio
haga que le pongan freno.
D. Nic. Yo estoy perdido! *ap.*
Pac. Tambien
que le vuelva los mil pesos
á Cecilia, que aun son pocos
para sus merecimientos.
D. Nic. Yo no sé que hacer. *ap.*
Tom. Amigos,
á otra parte con el cuerpo,
que aquí ya habeis acabado.
Patr. Discurres que yo lo siento?
No, amiga, que de mugeres
hay tanta copia en el Reyno,
que segun dicen algunos,
á cada hombre tocan ciento,
y á mí doscientas y mas.
Mozas. A Dios tontos.
Patr. Hasta luego.
Sold. 1. Qué dices de esto?
Patr. Que desde
que me desprecian las quiero.
Pac. Mucho tarda el Señor, Pepa.
Mar. Vamós ácia el Cementerio
á ver si viene.
Pep. Bien dices.
Patr. No cantais, chicas?
Mozas. Cantemos.
Todos. Viva el buen gusto
de la que á los soldados
mira con susto. *vanse.*
Sale D. Nic. Yo no sé lo que colija
ay de mí! del forastero
conocido del Marques,
que me da tantos recelos;

de todos modos, pues éstas
le van á hacer manifiestos
mis delitos, es preciso
precaverme, y buscar medios
de confundirlos del todo.
Lo primero que hacer debo
es acallar á Cecilia
y á los pobres con dinero.
Fortuna, pues del audaz
apadrinas los intentos,
apadrina los que ahora
premeditan mis deseos. *vase.*

Múdase el Teatro en la decoracion primera del primer Acto: sale Luis enseñando la casa de Cecilia á D. Juan.

Luis. Esa casa de la parra
que veis á la mano izquierda
es la de Cecilia.
D. Juan. Toma,
y con el secreto cuenta: *vase Luis.*
voy á avisar esto al amo
para que al momento venga. *vase.*

Sale Cecilia de su casa con almohadilla.

Cec. Hoy pensaba no comer,
y tuve expléndida mesa:
pero á hacer labor un rato
sentarme quiero á la puerta,
que el ocio jamas produce
en las gentes cosa buena. *siéntase.*
Sale D. Fern. Virtuosa Cecilia, qué haces?
Cec. Con eso usted me avergüenza.
Virtuosa yo?
D. Fern. Sí, Cecilia.
Cec. Para llegar á perfecta
me falta mucho.
D. Fern. Eso mismo
de tu virtud da mas prueba,
que el hipócrita se alaba,
y el virtuoso se desprecia:
has comido?
Cec. Sí, á Dios gracias.
D. Fern. Válgame Dios! que quisieras,
sabiendo mi corazon,
verte de miseria llena
por no hablar?

Se dexa ver el Marques y Don Juan embozados en el foro.

D. Juan. Señor, su casa
es la que ve Vuecelencia.
Marq. Espera, que ahora está hablando
con un Oficial.
Cec. Suspensa
vuestra generosidad
me tiene.
D. Fern. Tú me avergüenzas,
debo hacer por tí lo que hago,
las circunstancias que median
en el asunto no ignoras
que á ampararte me interesan
tanto como tu marido.
Marq. Qué oigo!
D. Fern. En esta inteligencia
nada quiero que te falte,
los regalos que apetezcas
tendrás con la prontitud
que mereces, y está cierta
que quanto yo tengo es tuyo.
Cec. Con qué os pagaré esta deuda?
Marq. Cecilia, no hay que dudar,
abandonó la entereza:
al fin muger. *ap.*
D. Fern. Déxate
de gracias y de quimeras,
que esto y mucho mas merecen
tus recomendables prendas.
Marq. Cecilia está pervertida *ap.*
de este hombre: quién lo creyera!
D. Fern. Vaya, y del susto del tiro
recuperada te encuentras?
Cec. No he tenido novedad.
D. Fern. Y sobre el caso qué piensas
que hagamos?
Cec. Lo que antes dixe.
D. Fern. Yo pienso de otra manera:
pienso vengarme de él::-
Cec. Cómo?
D. Fern. Sin que lo sienta la tierra
determino::-
Sale Patr. Mi Tiniente,
venga usted á la bandera,
que se ha ofrecido una duda
sobre un recluta, y es fuerza
que la defina.
D. Fern. Allá voy.
Patr. Por Dios que no se detenga
con Cecilia en chicoleos,

que

que harto tiempo á usted le queda
despues.

D. Fern. Guárdese otra vez
de amancillar su belleza,
que ya van dos, y quizá
no sufriré la tercera:
vamos.

Patr. Si esto es una chanza.

D. Fern. Pues yo gusto de las veras:
vaya usted delante. A Dios,
Cecilia.

Patr. Sermon me espera;
pero por donde entran salen
esta clase de quimeras. *vase.*

Cec. No os enfadeis, que Patraña
malicia en eso no lleva.

D. Fern. Ni de veras ni de burlas
quiero que nadie te ofenda,
que el sol de tus perfecciones
es sol de luces tan bellas,
que no se le han de atrever
de la iniquidad las nieblas. *vase.*

Marq. Bueno anda mi Lugar, bueno!
cómo estará quando aquellas
personas en quien tenia
mas satisfaccion se encuentran
corrompidas del exceso:
aquí es menester cautela.

Cec. Sufrir á los semejantes
los defectos es grandeza
que ensalza los corazones
á la mas sublime esfera,
que es la bondad el caracter
mas noble de una alma honesta;
pero quiero entrar á ver
si ha hecho todas las haciendas
de la casa la muchacha.

Salen el Marques y Don Juan embozados.

Marq. Oye.

Cec. Qué quereis?

Marq. Espera.

Cec. Yo no hablo con quien el rostro
oculta.

Marq. Mi rostro muestra
tu corazon, que embozado
con la capa de modestia
tiene el delito, y yo no:
conóceme. *se desembozan.*

Cec. Yo estoy muerta!
se queda sorprendida é inmovil.
vos:: el Marques::

Marq. Sí, el Marques.

Cec. Dadme, mi Dios, fortaleza.
A qué venís? recayeron
vuestras amantes dolencias
otra vez? queréis hacer
mi situacion mas funesta
de lo que es? dexadme en paz:
dexadme en mis penas quieta.
Qué os ha hecho esta infelíz
muger para ser de vuestras
persecuciones el blanco?
Señor, de vuestras promesas
acordaos, y acordaos
que sois Christiano, y que reyna
en vuestro pecho el honor;
que vuestra ilustre ascendencia
tan solo inspira justicia,
moderacion y modestia.

Salen por la izquierda la Marquesa y Celedonio.

Cel. Vedle.

Marq. Pues están de espaldas
les ganaremos la puerta.
Entranse en la casa con disimulo.

Marq. Toda esa Filosofia
guardarla mejor pudieras
con el Oficial.

Cec. Señor,
si entre los ricos hubiera
menos presuncion y mas
sensibilidad, no fueran
tan raros los hombres justos
en el mundo.

Marq. No pretendas
disculpar con gazmoñadas
tu conducta; las ofertas
del Oficial acriminan
tu desorden: qué te altera?
todo lo oí. Yo pensaba
saber de tí con certeza
el trastorno del Lugar,
y hallo que tú le fomentas
tambien. Ah, de qué te sirve
aparentar inocencia,

si tienes el corazon
criminal!
Cec. Vuestras sospechas
son infundadas, Señor,
y si vuestro amor pretexta
esas calumnias por ver
si se ablanda mi entereza,
sabed que inflexîble soy
al amor y á la violencia;
pero yo espero de vos
que desistireis de un tema
impropio de la bondad
de un Señor de vuestras prendas.
Marq. Advierte, Cecilia::-
Cec. En vano
viene á ser toda advertencia,
que por no oiros mi honor
va huyendo de esta manera.
Se entra corriendo en la casa.
Marq. Don Juan, sígueme, que quiero
disuadirla de su idea:
Cecilia, Cecilia, escucha.
Salen la Marquesa, Cecilia y Celedonio.
Marquesa. Qué me manda Vuecelencia?
Marq. Mi muger!
D. Juan. Mi ama!
Los dos. Qué es esto!
Marques. Qué es lo que á Cecilia ordena
Vuecelencia? dígalo,
que complacerle desea.
Pérfido esposo, villano,
á qué vienes á la Aldea?
vienes, como me dixiste,
á aquietar las turbulencias
de ella, ó á aumentar las de
Cecilia? soy mas experta
en conocerte, y no en vano
vengo siguiendo tus huellas,
que tu genio alegre nunca
asegurada me dexa
de tu conducta: Marques,
vuelve en tí mismo, y recuerda
á tu corazon protervo
los agravios y violencias
que cometiste en el Pueblo:
recuérdale la vergüenza,
y el sonrojo que sufrió
quando te excedió en grandeza
Cecilia, con el perdon
que dió á tu iniqua violencia:
y si nada de esto basta,
á tu corazon recuerda
que del vínculo sagrado
que formó nuestra terneza
tuvimos en una hija
la debida recompensa;
pues figúrate que esta hija
que tanto estimas y aprecias
te pide te reconozcas
con la voz de la inocencia;
y si acaso no enternece
esta hija tu dureza,
enternézcate una madre
que entre desdichas se anega.
Marq. Ves lo que me has dicho? pues
no me hace ninguna fuerza.
Cec. Ya habreis, Señora, advertido
mi conducta en mi respuesta.
Marques. Pobre de tí si al Marques
de otro modo respondieras.
Marq. Cecilia, vete á tu casa,
vete al Palacio, Marquesa,
y advertid que el corazon
del hombre no se penetra
tan facilmente, y que engañan
á veces las apariencias.
Cec. Quedad con Dios. Dios piadoso,
no abandoneis mi inocencia,
y en medio de tantos riesgos
no permitais que perezca. *vase.*
Marques. Vamos, D. Juan. Quánto aflige
de los zelos la dolencia! *vase.*
Marq. Con este raro incidente
se han frustrado las ideas
que tenia de indagar
quanto pasa con cautela.
Cel. El se va quedando atras,
le llamaré por si intenta
volver á ver á Cecilia,
que su venida no es buena.
No venis, Señor?
Marq. Sí, vamos,
y andando me daréis cuenta
de lo que en el Pueblo pasa.
Cel. Sin mentira, que mi lengua

no lo acostumbra.

Marq. Muy bien.

Se retiran al foro, y se pasean por él haciendo que hablan, y sale Don Nicasio.

D. Nic. Ea astucia, mucho aprieta
el lance; y así al remedio,
que en todo el Pueblo se suena
que han de venir los Marqueses,
y pues Cecilia es tan buena,
voy á perdirla perdon,
y á darla dinero á cuenta
de los mil pesos, á fin
de que calle mi vileza.

Va á entrar en casa de Cecilia, y sale Don Fernando.

D. Fern. Adónde, bárbaro, vais?
vais á repetir la escena
de esta mañana?

D. Nic. Ay amigo,
tengo ideas muy diversas;
voy á dar satisfaccion
á Cecilia de mis necias
debilidades.

D. Fern. Entiendo
vuestras máxîmas perversas:
como el Marques ha venido
quereis á fuerza de tretas
encubrir vuestras maldades;
pero yo haré que lo sepa:
á buscar corro al Marques.

El Marques baxa de pronto, y los dos se sorprenden.

Marq. Para qué?

D. Nic. Fiera sorpresa!
Señor::-

Marq. Callad: para qué
á buscarme usted se apresta?

D. Fern. Es Vuecelencia el Marques?
con resolucion.

Marq. El mismo soy.

D. Fern. Pues atienda
de un hombre ingenuo y de bien
contra este vil una queja:
una queja, que si acaso
vuestro poder no remedia,
sabré acudir hasta al Trono
para hacerla manifiesta;
dexo aparte el despotismo,
con que la Aldea gobierna,
porque si lo hace con orden
cumple con quien se lo ordena,
y paso á que esta mañana
tuvo la osadia fiera
de pretender empañar
con persuasiones violentas
al mismo honor, á la misma
honestidad y modestia,
al mismo candor, y en fin,
si acaso por estas prendas
no la conoce, á Cecilia,
el sol que alumbra esta tierra
con sus virtudes: ninguna
razon hay que esto consienta,
ni discurro que en vos halle
apoyo ni indiferencia:
me direis, y direis bien,
qué conexîon ó qué deuda
me obliga con tal teson
á defender su inocencia;
y yo os diré que tan solo
la del honor que en mí reyna
como Soldado y Christiano,
que es conexîon mas estrecha
que la de la sangre: juzgo
que harto os digo, porque pueda
vuestra justicia dexar
castigada su violencia.

Marq. A esto vos qué respondeis?

D. Nic. Que es calumnia manifiesta:
pues no tengo otro remedio *ap.*
la mentira me proteja.
Y pues él ha descubierto
lo que callaba mi lengua,
sepa Ucencia que él cultiva
de Cecilia las ternezas,
y por cubrirse me achaca
su delito sin conciencia;
y que habiendo ido á su casa
á reprender su flaqueza,
un pistoletazo fiero
me han tirado en recompensa.

D. Fern. Impostor abominable
ataja tu infame lengua,
echando mano á la espada.
si no quieres::-

Marq.

Marq. Deteneos:
y vos qué sabeis sobre estas
disputas?
Cel. Que en Don Fernando
y en Cecilia las sospechas
del tiro recaen, pues
dixeron que el tiro era
efecto de una pistola
que se disparó ella mesma
en las manos de Cecilia;
pero no obstante esta prueba,
Cecilia es buena, y sobre eso
reñiré con qualesquiera.
Marq. No es tanto como parece,
D. Nic. Veis probada mi inocencia?
D. Fern. Calla, pérfido, que yo
haré ver tus infidencias,
que la verdad siempre triunfa
aunque perseguida sea.
Marq. Eso es menester; de no
yo tomaré providencia.
D. Nic. Ya ve Ucencia::-
Marq. Está muy bien.
O qué babel de tinieblas *ap.*
hallo! cada vez mas dudas
á mi vista se presentan:
qué debo hacer? apelar
al ardid y á la prudencia.
Vamos, Celedonio.
Cel. Vamos.
D. Nic. Impostura::-
Marq. Sutileza::-
D. Fern. Verdad::-
Los tres. En tal situacion
patrocina mis ideas. *vanse.*
Marq. Válgame Dios, qué penoso
cargo tiene el que gobierna,
si la equidad y la paz
por norte en el mando lleva!
Si de un corto pueblo ay Dios!
lo que pasa con certeza
no puedo indagar; los Reyes
que sobre tantos imperan,
qué trabajos no tendran
porque les llegue á la oreja
la verdad desnuda: casi
es imposible que puedan
saberla; pero sí pueden,
atendiendo á que se emplea
la ciencia de Dios en darles
para gobernarlos ciencia.
Pues dádmela á mí tambien,
Omnipotencia suprema,
para que del laberinto
en que mi pecho se encuentra,
á pesar de tantas dudas
mis intentos salir puedan.

ACTO TERCERO.

Plaza de Lugar: salen Don Nicasio, Marica, Pepa, Paca, Tomasa, Blas, Luis, y demas mozos y mozas contando dinero que les reparte Don Nicasio, y muy contentos.

D. Nic. EStais contentos? ya veis
como al punto que ha lle-
el Marques he conseguido (gado
que vuelva otra vez á daros
aun mas que os daba, y con todo
hablareis de Don Nicasio
mal.
Mar. Bien sabe Dios que yo
siempre os tuve por un santo.
Pep. Mire usted, si viera Usia
quántos juicios temerarios
ha hecho esta de su merced!
Mar. La que los hizo tamaños
fuiste tú.
Pep. Yo?
Mar. Sí, tú, tú.
Pac. Delante de los soldados
trató á usted de picaron.
Pep. Yo de picaron! qué engaño!
de bribon sí; pero no es
como picaron tan malo.
Luis. Para juzgar de los hombres
es menester fondearlos
mucho, Pepa.
Pep. Ya lo veo,
y así por Dios perdonadnos
si en algo estais ofendido. *ap.*
D. Nic. En quanto á estos ya estoy salvo.
Es mi caracter tan bueno
que castigo los agravios

con beneficios, y así
no hablemos de lo pasado.

Todos. Viva Don Nicasio.

D. Nic. A Dios.
A Cecllia será en vano *ap.*
volver á ver; además
que por mantener el grado
de su mentida virtud,
que no ha de acusarme es claro:
vosotros á qué aguardais?

Pac. y Tom. Muchichos, muchichos, vamos
á dar gracias al Marqués.

Mar. Vamos, que yo estoy deseando
conocerle.

Pep. Y yo tambien.

D. Nic. Preciso será estorbarlo: *ap.*
no deis gracias al Marqués
por esto que me ha mandado
daros, porque todavia
conserva muchos resabios
malos en quanto á mugeres,
y valido del sagrado
de su casa puede hacer
un exceso con las quatro.

Mar. Con las quatro?

Luis. Y con quarenta,
que en querer nunca fue escaso.

D. Nic. Dice el mozo bien, y á Dios.
Al Alcalde es necesario *ap.*
sobornar ahora; bien que él
es hombre justificado,
y será dificil; pero
si no consigo engañarlo,
por calumnia mas ó menos
un corazon temerario
como el mio no desiste
de los proyectos mas árduos. *vase.*

Mar. Vamos, chicas.

Mozos. Dónde vais?

Mar. Dónde vamos? á Palacio
á ver si el Marques requiebra
como requiebran los Payos.

Pac. El requiebra de otro modo.

Mar. Pues yo quiero averiguarlo.

Pep. Y yo tambien.

Tom. Y yo y todo.

Pep. Cómo es su amor? es margo,
ó dulce?

Pac. Como una miel.

Pep. De oirlo ya me relamo.

Luis. Y si os pesa luego?

Mar. Vaya,
que eres, Luis, muy mentecato:
qué muger has visto tú
que haga á que la quieran ascos?

Pep. Vamos, vamos, y unas frutas
le llevaremos de paso.

Pac. y Mar. Y por si rabiais, con este
cantar podeis consolaros.

Pep. y Mar. Si al Marqnes os escuece,
que á verle vamos,
llamad para consuelo
luego á cachano.
Pobrecillos,
del Marques
vereis pues
que nos honran los brillos:
pobrecillos,
pobrecillos. *vanse las Mozas.*

Se quedan los Payos cruzados de brazos suspensos, y sale Bartolo persuadiendo á Celedonio, y detrás los Alguaciles.

Bart. Mirad que eso es sinrazon.

Cel. Se ha de hacer lo que yo mando:
exîgid del cortador *á los Alguaciles.*
al instante dos ducados.

Bart. Qué pecado ha cometido?

Cel. Uno que es peor que malo:
os parece poco haberme
sin hueso la carne dado?

Bart. Es estilo á los Alcaldes
dársela así.

Cel. Entre Africanos
no se haria eso.

Bart. El Alcalde
debe ser privilegiado
en todo.

Cel. En estas materias
no es mas que otro ciudadano:
bueno será que por darme
á mi el lomo descargado
emboque ahora un zancarron
á un pobrete; no lo paso:
multa me fecit, y el pleyto
queda con esto acabado.

van-

vanse los Alguaciles.
Bart. Sois un Don Pedro el Cruel.
Cel. Mas justiciero me llamo:
pero qué es esto que están
los mancebos cabizbaxos?
Bart. Preguntémoslo.
Cel. Bien dices:
que es lo que teneis, muchachos?
Mozos. Ay! *suspiran.*
Cel. Qué es lo que hay? sépase.
Mozos. Ay! *lo mismo.*
Cel. Pero qué hay?
Luis. Escuchadlo:
Quando en los gallineros
anda el milano,
bien pueden las gallinas
guardar los Payos.
Monterilla, *jugando con la*
el Marques, *montera,*
dime pues,
qué nos traerá la Villa:
monterilla,
monterilla. *vanse.*
Cel. Haced tocar á Concejo,
Regidores Judas.
Faust. Vamos,
Alcalde::-
Cel. Sí, que sois Judas,
pues vendereis sobornados
la justicia; señor mio,
los que la vara empuñamos
no debemos admitir
en nuestras casas regalos,
que el que regala á los Jueces
señal que los quiere gratos.
Faust. Quién podrá entenderos!
Cel. Bruto,
aunque no me explico claro,
qui potest capére capit.
Vale un Perú el latinajo.
Faust. Ved que en no tomar aquesto
desairais á Don Nicasio.
Cel. Qué importa, si de la vara
ayroso conservo el brazo.
Faust. Y qué he de hacer de esto?
Cel. Qué?
volverselo ó arrojarlo.
Vase el mozo, y dentro tocan á Concejo.
Faust. Pues llévaselo: á que tocan?
Cel. A Concejo, mentecato.
Faust. A Concejo?
Cel. Si Señor.
Faust. Qué hay que tratar?
Cel. De unos autos
que formar quiero á unos miembros
de Justicia sobornados.
Salen por distintos lados Bartolo, Bonifacio, Patricio y Alguaciles.
Patric. Van á repartir los propios
entre todos que han sobrado?
Bart. Ya lo vereis.
Bonif. Celedonio,
á qué somos hoy llamados?
Cel. A Concejo.
Bart. Pues al punto
al Ayuntamiento vamos
Cel. Para qué? Los Numantinos
de las Indias, y otros varios
Pueblos de Roma de Francia,
sus Concejos baxo un arbol
no tenian?
Los quat. Asi dicen.
Cel. Pues nosotros baxo el ramo
de la taberna podemos
tenerle, que es del estado
Bartolo.
Bart. Allá voy volando. *vase.*
Cel. Qué siempre este Marques venga
á trastornarme los cascos!
Sale Faustino con un mozo que trae un pellejo de vino, un pernil y una cesta con fruta.
Cel. Oyes, qué viene á ser eso?
Faust. Un estupendo regalo
que Don Nicasio os envia.
Cel. Por qué razon?
Faust. No la alcanzo:
á los demas del Concejo
ha regalado otro tanto.
Cel. Y lo habeis tomado?
Faust. Todos,
que estos son gages del cargo.
Cel. Son gages de los infiernos,
general de nuestra Villa
el árbol mas señalado.
Los quat. Ha sido un gran pensamiento.

Bart.

Bart. Muchachos, sacad los bancos.

Sacan los bancos los Alguaciles.

Faust. Antes de eso, será bueno
que echemos los cinco un trago.

Cel. Dices bien, que asi el discurso
se pondrá mucho mas claro.

Sacan vino en un jarro grande, y á cada uno le dan en su taza.

Ea, ilustres Senadores,
todos á la par bebamos.

Escupe Celedonio, y despues todos.

Constantinopolitana
Junta de varones sabios,
silencio.

Todos. Silencio.

Cel. Todos
sabeis que ha venido el amo,
y que sobre nuestra carta
tendrá Consejo de Estado::-

Bonif. A cómo has vendido el trigo?

Patric. A sesenta.

Bonif. Yo mas caro.

Cel. Que hablo yo: por cuya causa
en conclave es necesario::-

Faust. Con qué parió tu borrica?

Bart. Un buche mayor que un asno.

Cel. Que hablo yo, otra vez repito:
tratar aqui los descargos
que se le han de dar en punto
del perverso Don Nicasio.

Patric. Yo no tengo que decir.

Bart. A mi ya se me ha olvidado.

Faus. Mejor será echarlo tierra,
y lo pasado pasado.

Cel. Voy; una vez que sois Judas,
treinta dineros á daros.

Los quat. Nosotros Judas?

Cel. Vosotros:
mas yo á todo daré vado;
y así, dexando esto aparte,
es preciso, Archipampános,
que pensemos de qué modo
hemos be ír á ver los amos,
y qué obsequios ha de hacerles
el Lugar con poco gasto.

Bart. Darles una cencerrada.

Faust. Si no, correrles un gallo.

Cel. Está muy bien: y tocante
al resguardo del ganado
mugeriego, por que exênto
esté del amor del amo.
Qué resolveis?

Bonif. Que se pongan
al lado de ellas armados
los maridos.

Cel. Eso es poco.

Faust. Pegarle fuego al Palacio.

Cel. Eso es mucho.

Los quat. Pues qué haremos?

Cel. Tener prudencia y cuidado,
y en el caso que el apriete,
el Rey oye á sus vasallos:
á ver al Marques Diacónos
en ringla los cinco vamos. *vanse.*

Múdase el Teatro en zaguan de la casa de Cecilia: salen Don Fernando el Cabo Patraña y un Mozo.

D. Fern. Patraña, sin dilacion
saque usted luego mis trastos
y llévelos con el mozo
á la casa que he mandado.

Patr. No fuera usted Oficial
si no fuera usted voltario.

Entra por la puerta de enmedio.

D. Fern. Aunque lo sienta Cecilia,
por mi honor, por su recato
y el mundo, su compañia
dexar hoy es necesario.
Pero qué dirá al mirar
que al mejor tiempo la falto?
La descubriré::- no es justo
aumentar mas su quebranto,
bástenle á su corazon
los muchos que está pasando.
Yo no sé si me despida
de Cecilia, ó sí excusarlo
será mejor: me parece
que será mas acertado
no verla; porque al mirar
que de impuro está inculcado
su corazon, es forzoso
que el mio se haga pedazos;
y pues ahora con Jacinta
se encuentra fuera del quarto,
á que saque mi equipage
entro á meter prisa al Cabo.

Entrase por la puerta de en medio, y sale Cecilia.

Cec. Si será pretexto aquello
que tocante á Don Fernando
me dixo el Marques ó efecto
de algunos informes falsos?
Pretexto será sin duda
que su amor habrá tomado
para volver con los zelos
á insultar mi pecho casto;
pero Don Fernando tarda
en volver ya demasiado.

Patraña ayuda á cargar al mozo un cofre que sacan entre los dos fuera: el mozo se vá, y Patraña se entra por la puerta de en medio.

Pero qué veo! Patraña
no está su cofre sacando!
que será esto? si se irán;
mas no quiero preguntarlo,
porque de mi pundonor
sospechar no pueda el Cabo.

Se retirá á un lado, y en la puerta del medio, aparecen Don Fernando y Patraña.

D. Fern. No tarde usted en sacar
quanto antes fuera los trastos.

Patr. No es usted Oficial?

D. Fern. Sí.

Patr. Pues no pase usted cuidado,
que los que usted tenga, juzgo
que no den mucho embarazo.
Se entra Patraña, y vuelve el mozo.

D. Fern. Pues no parece Cecilia,
con disimulo me marcho.

Cec. Y dónde vais?

D. Fern. Duro encuentro!

Cec. Qué es aquesto, Don Fernando?
me dexais?

D. Fern. A responderla *ap.*
casi no aciertan mis labios.

Cec. Os vais por ser reprehensible
mi conducta?

D. Fern. El Cielo santo
sabe que de tus virtudes
quisiera ser fiel traslado.

Cec. Pues por qué ahora me faltais?

D. Fern. Yo, Cecilia, no te falto,
sino que ya ha mucho tiempo
que me tienes alojado,
y no es razon que tú sola
sufras siempre el embarazo
de mi alojamiento.

Cec. Pero
mirando mi desamparo
ofrecisteis no dexarme
nunca; os habeis ya cansado
de hacerlo, ó arrepentido
estais de vuestros bizarros
ofrecimientos?

Salen por la puerta del medio Patraña y el mozo, á quien Patraña ayuda á liar un fardo: Don Fernando y Cecilia no los ven.

D. Fern. Si dueño
fuese yo de todos quantos
tesoros la tierra esconde
en sus lóbregos espacios,
para premiar tu modestia
me parecieran escasos.

Cec. Pues por qué me abandonais?

D. Fern. Porque nací desdichado.

Cec. Y por no mirar por mí.

D. Fern. Pues por mirar por tí lo hago.

Cec. Por mí lo haceis?

D. Fern. Sí, Cecilia.

Cec. No os entiendo.

Acaba Patraña de atar el lio, y llega de pronto á Cecilia.

Patr. Qué pelmazo
es mi Tiniente! Patrona,
si está usted deseando acaso
saber por qué mi Oficial
se muda::-

D. Fern. Vamos callando,
Patraña.

Patr. Qué piensa usted *ap. á D. Fern.*
que yo soy un mentecato
que lo diré?

Cec. Proseguid.

Patr. Es porque la gente ha dado::-
me entiende usted?

D. Fern. Si no calla::-

Patr. En decir que hay entrambos
ciertos dimes; y por fin,

la cosa ha llegado á tanto,
que han delatado al Marques
por criminal vuestro trato:
ve usted como no lo he dicho?
Aparte á Don Fernando.
D. Fern. Es usted un temerario,
Patr. Carga, mozo, con el lio,
que el tiempo se va nublando. *vans.*
Cec. Dios mio, solo ette golpe
les faltaba á mis cuidados!
que vergüenza! qué dolor!
qué es lo que me está pasando!
D. Fern. No te entregues de ese modo,
Cecilia honesta al quebranto,
que Dios volverá por ti
y por mí.
Cec. Quién fue el osado
que se atrevió á calumniar
vuestros sentimientos castos?
D. Fern. De la sociedad la peste,
el borron de los humanos,
la furia de los abismos,
finalmente, Don Nicasio.
Cec. Y le creen?
D. Fern. La mentira
siempre es creida entre los malos.
Cec. De ese modo, ni un instante
esté aquí, Don Fernando,
que la opinion y el honor
son vidrios tan delicados,
que aunque uno los guarde limpios
los mancha el concepto estraño.
D. Fern. Dexa que antes á Jacinta
entregue lo necesario.
Cec. Nada he menester, mi casa
dexad sin otros reparos.
D. Fern. A Dios, Cecilia, ay de mí!
reprimir no puedo el llanto. *enterne-*
Cec. No lloreis, que si así os ven, (*cido.*
creerán lo que estan dudando. (do
D. Fern. Bien dices: yo:: si::– no pue-
formar::–.
Cec. A Dios: Don Fernando.
Se apoya en un bastidor.
D. Fern. A Dios: de dexarla llevo
el corazon traspasado
El á Dios es con sumo abatimiento y vase.

Cecilia despues de mirar si se ha ido D. Fernando, mira al Cielo un rato, y dice con una exclamacion de dolor.
Cec. Dadme vuestro socorro,
Padre de desvalidos,
no dexeis que me anegue
en el mar de las penas mi conflicto.
mostradme alguna senda,
abridme algun camino
para que mi decoro
á la vista del mundo quede limpio.
Salon corto de palacio: salen la Marquesa y Don Juan.
Marques. Don Juan, en vano pretendes
disculpar á mi marido,
Cecilia aquí le conduce
y yo no he consentirlo.
D. Juan. Y que piensa Ucencia hacer?
Marques. Manifestar al Ministro
su conducta, á fin que el Rey
le imponga un serio castigo.
D. Juan. No es el medio de enmendar
de un esposo el extravio
ese, Señora: la esposa
que atajar quiera los vicios
de su esposo, ha de indagar
si ella le dá algun motivo
para oponer con dulzura
el remedio que es debido:
Marques. Tienes razon; pero ya
se ha cansado mi cariño.
y así si el Marques no muda
de conducta irá á un castillo.
Sale el Marques. Por que?
Marques Marques, yo::– *sorprendida.*
Marq. Marquesa,
el buen deseo te estimo.
Tan mala soy que pretendes
que un castigo tan iníquo
se me dé?
Marques. Marques que quieres
que profiera mi cariño
mirando que otra vez vuelves
á buscar tu precipicio?
Marq. Ya te he dicho que al lugar
con otro fin he venido,
y tu no le ignoras.

Marques. Es
muy sospechoso el motivo
que tu das; que los amantes
para lograr sus delirios
se valen de los pretextos
mas sagrados: Marques mio,
cómo quieres que yo crea
que es verdad lo que me has dicho
tocante á enmendar el Pueblo,
si veo que das principio
á ello con la visita
de Cecilia?

Marq. Quánto el juicio
yerra! Para desengaño
de tus zelos por testigo
tan solo quiero poner
al tiempo, que el tiempo mismo
descubrirá la verdad
que tú dudas, y yo afirmó. *dentr.*

Marq. Qué es esto? *griteria.*

D. Juan. Que la Justicia
del Lugar con sus vecinos
viene á tributar á Ucencias
los agasajos debidos.

Marq. Condúcelos al salon,
que allí, despues de admitirlos, *ap.*
de los excesos del Pueblo
informarme solicito.
Vamos.

Marq. Aunque disimulo,
entre mis zelos vacilo. *vanse.*

Salon de Palacio iluminado, estufa á un lado con lumbre, salen con el coro aldeanas, aldeanos, Celedonio, Bartolo, Faustino, Bonifacio, Patricio, D. Nicasio, y Marques y la Marquesa: durante el coro D. Nicasio habla aparte con los Regidores.

Coro.... Pues hoy venido
Marquesa y Marques
á dar á este Pueblo
consuelo y placer,
vivan mil edades
para nuestro bien.

Los Marqueses se sientan.

Faust. Con los quatro cuente usted.

D. Nic. Vaya quereis ser mi amigo?
aparte á Celedonio.

Cel. No ha lugar. *aparte á D. Nic.*

D. Nic. Nada me importa
siéndome todos propicios.
se retira al bastidor.

Cel. Llegad con esos regalos,
que á fé que son exquisitos.

Mar. En nombre de nuestro nombre::-

Pep. En señal de nuestro indicio::-

Mar. A vuestro poder: qué veo!

Pep. A vuestras plantas:: qué miro!

Mar. Válgame el gallo sin cresta
de la pasion!

Marq. Ya colijo *ap.*
de qué su turbacion nace.

Mar. El Señor que hoy hemos visto
en el monte es el Marques.

Pep. Marica, buena la hicimos.

Marq. Llegad, y decid qué traeis.

Mar. Señor, ésta bollos ricos::-

Pep. Para vos; y ésta bellotas::-

Mar. Para engordar los cochinos.

Marq. Con que tú traes bellotas?

Pep. Para vos.

Marq. Y tú bollitos,
no es esto asi?

Mar. Si Señor,
para engordar los cochinos.

Marq. Cómo á un Señor que no tiene
ninguna pizca de juicio
ni humanidad este obsequio
le ofrece vuestro cariño?

Mar. De modo que las bellotas::-

Pep. Nosotras dos las cogimos::-

Las dos. Para que vos::-

Marq. Basta ya.

Cel. Siga el bayle prevenido.

Marq. Esperad, que de otras cosas
tratar antes determino.
Ahora verás que tus zelos
aparte á la Marquesa.
de la sinrazon son hijos.

Marq. Estoy muy escarmentada
de tus afectos fingidos. *ap. al Marq.*

Marq. Una vez que convocado
parte del Pueblo aquí miro,
quiero que justifiqueis
quanto me teneis escrito
contra Don Nicasio.

Cel.

Cel. Y lo
justificaré aquí mismo.
D. Nic. Dificil es, pues mi astucia
tiene á todos pervertidos. *ap.*
Marq. Don Nicasio en el Lugar
qué excesos ha cometido?
Mozos. Ningunos.
Luis. Quién, Don Nicasio?
no hay señor mas compasivo
que él; si viera su merced
quanto nos quiere á toditos.
Cel. Pues::-
Marq. Callad: vosotros quatro
á esto qué decís?
Bart. Decimos
que Administrador mejor
Usía no le ha tenido.
Cel. Quánto mas que la justicia *ap.*
pesa el soborno en distintos!
D. Nic. Quántas veces un regalo
hizo virtudes los vicios!
Marq. Me escribisteis esta carta
vos?
Cel. Si señor que os la he escrito.
Marq. Y sobre ella qué decís,
pues?
Cel. Lo que Pilatos dixo:
quod scripsit, scripsit.
Marq. Cada vez mas confundido
estoy: quién me sacará
de este fiero laberinto?

Sale Cecilia con precipitacion, el pelo tendido, y como fuera de sí, y se echa á los pies del Marques: sale con ella Jacinta.

Cec. Justicia, Señor, justicia.
D. Nic. Ya están todos mis delitos *ap.*
manifiestos, pues Cecilia
á manifestarlos vino.
Marq. Prosigue, Cecilia.
Cec. Ay triste!
mi honor, mi honor:: qué conflicto!
no puedo mas:: mi honor solo
y el de Don Fernando os pido.
Marq. Muda estatua la ha dexado
el pesar; saca el sucino.
Marques. Mejor será agua, traedla.
D. Nic. Ya que perdido me miro, *ap.*
para vengarme, en el agua
la echaré un veneno activo
que para otro intento ha tiempo
yo tenia prevenido.
Cecilia, pues tú me pierdes,
piérdete tambien conmigo. *éntrase.*
Marq. La candidéz de su rostro
reflexîonada á los visos
de la razon manifiesta
que es incapaz de delito.

Sale D. Nicasio con una salvilla de plata, y en ella un vaso de agua.

D. Nic. Aquí está el agua; y en ella
mi venganza y su castigo. *ap.*
Cec. Ay Dios! *alentando.*
Marques. Bebe. *bebe Cecilia.*
Marq. Te recobras?
Cec. Algo despues que he bebido.
D. Nic. Una vez que ahora la noche
favorece á mis designios,
voy de la fuga á tomar
el temerario partido.
Corazon desesperado,
si no lograste el cariño
de esta hermosura, lograste
vengarte de sus desvios. *vase.*
Marq. Contra quién pides justicia?
Cec. Contra un agravio inaudito
que á mi corazon imputa
la maldad.
Marq. Quién te ha ofendido?
Cec. No vengo á pedir venganza,
lo que aquí vengo á pediros
es que en presencia de todos
se justifique el delito
que á Don Fernando y á mí
se ha imputado: los indicios
en que se funda son estos:
ser Don Fernando conmigo
honesto, ser otro Lucas,
ser mi protector benigno:
si fuese dable, Señor,
que él pudiera descubriros
su corazon, no hallarias
admiracion en vos mismo
bastante para admirar
su bondad: en mi destino
funesto él me ha consolado;

en mis continuos martirios
ha tomado tanta parte,
que mas suyos que no mios
parecian; en mis penas
él ha llorado conmigo;
hoy sino fuera por él
quizá no hubiera comido,
y hoy por mirar por mi honor
me ha dexado sin su auxilîo,
que en un corazon piadoso
es el mayor sacrificio.
Estas virtudes el mundo
ha de reputar por vicios?
Ah, Señor! reflexîonad
de esta injuria los motivos,
y haced que ante todo el mundo
se declare mi honor limpio;
aquel honor tán sublime
que mi pecho ha preferido
á las mayores fortunas;
aquel honor que vos mismo
ensalzásteis otro tiempo.
Esto solamente os pido
en medio de la indigencia
de que cercada me miro:
no penseis que aquí os la acuerdo,
Señor, por reconveniros
que habeis faltado á la oferta
de los mil pesos, ni pido

Al oir esto el Marques con una accion muda manifiesta su sorpresa.

que me los deis, sino solo
que sepais que en mis peligros
en Dios y en este Oficial
tan solo he encontrado auxîlio.

Marq. Don Fernando y Don Nicasio
vengan al punto á este sitio. *vase D. Juan.*

Jac. De que es virtuosa Cecilia
no faltan aquí testigos:
habla, Paca.

Pac. Es tan piadosa
que hoy ha partido conmigo
un pan que tenia solo.

Cel. Celencia, lo dicho dicho:
bribon Don Nicasio, y esta
de virtudes un prodigio.

Marq. Mi Administrador perverso
ya veo que es el motivo
de todo; mas á su infamia
yo sabré dar el castigo.

Marques. Confieso que el corazon
Cecilia me ha enternecido.

Cec. Qué es esto? qué pesadéz!

Jac. Qué te da?

Cec. Nada:: un baido::
pero ya se pasó. *Sale D. Juan.*

Marq. Viene
Don Nicasio?

D. Juan. O Dios! ha huido
en un caballo de Ucencia
sin que se sepa el motivo. (va!

Sale D. Fern. Señor:: Cecilia, estás vi-

con admiracion y sobresalto.

Cec. Viva estoy.

Marqueses. Qué ha sucedido?

D. Fern. De mano de Don Nicasio
has tomado algo?

Cec. He bebido::- (ha dado

D. Fern. Qué has hecho! que el vil te
un veneno: al proferirlo
cómo no muero!

Cec. Dios justo:
asistidme en tal conflicto:
qué ansia! sostenme, Jacinta.

se arrima á ella.

Marques. Quién al mirar tal delito
no se llenará de horror!

Marq. Don Juan, corre, y con activo
zelo busca quien la dé
en tal desventura auxîlio: *vase D. Juan.*
inhumanidad tan fiera
usted como la ha sabido?

D. Fern. Esta carta os lo dirá
que Don Nicasio me ha escrito,
y ahora me acaban de dar:
leedla.

Le da al Marques una carta, y éste hace que la lee.

Marq. Luego al camino
de Portugal á atajarle,
Celedonio, dirigios.

D. Fern. Corred, corred, que mi tropa
tambien ha ido á lo mismo.

Cel. Donde quiera que le encuentre
lo tengo de ahorcar de un pino;
bien que como quatro leguas

dis-

dista la raya, el iniquo
se podrá poner en salvo
sin poder nadie impedirlo.

Vase con los Regidores y los Mozos.

Cec. Qué desmayo voy sintiendo!

Marques. Quántas bascas y martirios
sentirás!

Cec. Tan solo siento
que me va entrando un deliquio.

Marq. Quién sino un desesperado
esta carta hubiera escrito?

Marques. Pero qué dice?

Marq. Óyelo:
»Pues mi fuga mis delitos
»manifestará, discurro
»no tendréis por desvario
»que os los manifieste yo:
»ahora mismo me encamino
»fugitivo á Portugal,
»en donde si teneis brios,
»y quereis vengar la muerte
»que con un veneno activo
»dí á Cecilia, porque ingrata
»por vos se mostró conmigo,
»y porque iba á delatar
»al Marques mis desvarios,
»os espero para daros
»á vos la muerte asimismo,
»que si aquí ahora no lo hago
»es porque el tiempo es preciso.
»Don Nicasio." En todo tiempo
puede este papel servirnos.

D. Fern. Dádmele para tener
presente siempre el motivo
de la venganza. Cecilia,
aunque su maldad asilo
busque en Portugal, aunque
se guarezca en los abismos,
ó en los profundos espacios
de la tierra esté escondido,
el recto Juez su perfidia
no dexará sin castigo,
y yo con este instrumento
pedírselo solicito.

Cec. Yo tambien, y de qué modo
ha de ser voy á deciros:

Se levanta demostrando debilidad, y va ácia Don Fernando.

dadme el papel.

D. Fern. Tómale.

Marq. Cómo te vengarás? dilo.

Cec. Perdonando, y á las llamas
entregando este testigo.

Arroja en la estufa el papel.

Marq. Qué has hecho?

El Marques quiere impedirlo, pero llega tarde.

Cec. Lo que debia.

Marques. Eso es frustrar los designios
del Marques.

Cec. Esto es cumplir
con los preceptos divinos:
pero ay Dios! que entorpeciendo
ya se me van los sentidos.
A Dios Don Fernando, á Dios
Señora:: Criador mio,
perdonad á Don Nicasio;
esto por último os pido.

Se echa á los brazos de Jacinta.

Marq. Retiradla, que de verla
tengo el pecho compugido.

La Marquesa, aldeanas y Jacinta retiran á Cecilia.

D. Fern. Oxalá que yo pudiera,
Cecilia, morir contigo;
pero ya que no es posible
poder tener este alivio,
al Lusitano emisferio
presuroso me dirijo
á dar mil muertes si puedo
al alevoso asesino.

Sale Patr. Téngase usted, mi Tiniente,
que voto á brios que he corrido
mas que un galgo.

D. Fern. Y qué ha hecho usted?

Patr. Váyase usted despacito,
y déxeme respirar,
que estoy de veras rendido.

Marq. Y Don Nicasio?

Patr. Señor,
á los profundos abismos
se fue á cenar.

D. Fern. Qué le ha muerto
usted?

Patr. Dios ha permitido
que haya muerto despeñado,

en

en premio de los servicios
que hizo al diablo.
Marq. De qué modo?
Patr. De este modo: Habiendo ido
en su busca, como usted
ordenó, á corto distrito,
con la escasa luz que daba
la luna, le descubrimos,
y metiendo las espuelas
al caballo, que es de brios,
apreté detras de él, y él
conociendo su peligro
apretó tambien, de suerte
que su caballo encendido
sin atender á razones
le arrojó por unos riscos,
dexándole en un *laus Deo*
in puribus de sentidos:
fuimos allá, y le encontramos
con el cuerpo descosido,
y con el alma esperando
de su cuenta el finiquito,
para cobrar en azufre
lo que hubo adeudado en vicios
junto á él en el suelo vemos
un talego, le registro,
y encuentro que es de moneda,
le alzo al punto, y mis amigos
cargando con el defunto
al Pueblo le han conducido:
esta es la mosca, tomadla,
que en punto de honor me pinto
solo, está usted? que aunque tengo
poco juicio juego limpio.
Marq. Como se ven en su muerte
del Cielo los altos juicios!
y así dexad la venganza,
pues Dios por vos la ha cumplido.
D. Fern. Puede pagar una muerte
acaso el vil homicidio
de Cecilia?
Marq. Mas allá
del sepulcro, amigo mio,
no dirijais la venganza.
D. Fern. Conozco que me he excedido,
mas no lo extrañeis, que es mucho
el dolor que el cruel destino
de Cecilia á mí me causa,
y no teniendo otro arbitrio
que el de llorarle; tormentos,
penas, congojas, conflictos,
conjuraos, y venid
á afligir el pecho mio
á porfia, para ver
si de este modo consigo
vengar su muerte llorando,
ó dar fin á mis martirios.

Sale la Marquesa muy alegre.

Marques. Esposo? ó Dios!
Marq. Qué hay de nuevo?
Morques. Casi no acierto á decirlo
de alegría.
D. Fern. Qué sucede?
Marques. Que el funesro parasismo
de Cecilia qué ventura!
no ha sido mortal.
D. Fern. Respiro.
Marq. Pues cómo habiendo tomado
un tósigo!
Sale D. Juan. No lo ha sido,
porque habiendo Don Nicasio
al Boticario pedido
veneno para matar
los animales nocivos
que infestaban sus graneros,
receló, viendo lo iniquo
de su proceder, no fuese
para algun exceso indigno,
y en su lugar le dió solo
un narcótico benigno,
que adormeciese algun tiempo,
para indagar sus designios:
de todo esto me ha informado
ahora el Boticario mismo,
al tiempo que iba á buscar
al Doctor.
Marq. y D. Fern. Raro prodigio!
D. Fern. Pero dónde está Cecilia?
Marques. Restaurada del deliquio
aquí se acerca.

Salen Payas, Jacinta y Cecilia.

D. Fern. O qué acaso!
Cec. No ha sido acaso este mio,
sino prodigio de Dios;

así démosle rendidos
gracias reverentes todos.
D. Fern. De gozo cómo no espiro!

Salen Bartolo, Patricio, Bonifacio, Faustino, Celedonio y Mozos.

Cel. Con que murió Don Nicasio?
Marq. Sí.
Cec. Y yo, Celedonio, vivo,
y siento su muerte.
Bart. Cómo?
Marq. Tiempo habrá para decirlo;
y ahora pues con este caso
de mis dudas he salido,
y de Cecilia y de usted
el proceder tengo visto,
soy de opinion que mediante
lo que en el Pueblo se ha dicho
pudiera vuestro himeneo
acallar los malos juicios.
Qué dices, Cecilia?
Cec. Yo
no tengo mas que deciros
sino que todo el que toma
algun remedio, da indicios
de que tiene enfermedad,
y que en mi honor no la ha habido;
pero sin embargo de esto,
son tantos los beneficios
que le debo á Don Fernando
que me dexan sin arbitrio
para responder por mí,
y así dexo á su alvedrio
la respuesta, y solamente
á recordarle me ciño
que á Lucas juré firmeza,
que el juramento he cumplido,
como sabe Don Fernando;
que se ponga en lugar mio,
y que decida, que yo
á su decision me rindo.
Marq. Qué decis?
D. Fern. Que es demasiado
generoso el pecho mio
para permitir que falte
á la fe que ha prometido
á Lucas, y que el favor,
la piedad y el patrocinio
que usé con ella al mirar
que admitia mi cariño,
por sospechoso no quiero
que jamas sea tenido;
fuera de que yo pretendo
dexar memoria á los siglos
de que se puede en dos almas,
aun entre sexôs distintos,
hallar amor sin deseo,
y sin interes cariño.
Cec. Con esto ha acabado usted
de esclavizar mis sentidos.
Marques. Pues á ser mi compañera
vendrás á Madrid conmigo.
Cec. Yo os lo estimo; pero puesto
que os mostrais tan compasivos,
vuestra proteccion imploro
para entrar en un retiro,
en donde entregada á Dios
del mundo huya los peligros.
Marq. Cuenta en todo con nosotros,
y pues he reconocido
del modo que está el Lugar,
arreglarle determino,
castigando los excesos,
y premiando los servicios.
Los 4. Reg. Señor, ved:: que si tomamos
el regalo::-
Marq. Ya os he dicho
que he de hacer justicia á todos
dando premios y castigos:
vos, Celedonio, mirad
en lo que puedo serviros.
Cel. En no hacerme mas Alcalde
por no andar en estos ruidos.
Marq. Usted tambien tendrá premio.

A Patraña.

Patr. Me basta á mí medio chico.
Marq. Estás ya desengañada
de tus zelos?
Marques. Sí, bien mio.
Marq. Pues entretanto, Cecilia,
que proporciono el destino
que apeteces, con nosotros
estarás.
Cec. Enmudecido

está mi agradecimiento
al ver tantos beneficios.
Marq. Y pues hemos visto ya
el fin que el vicio ha tenido,
y que á la virtud la guarda
Dios en el mayor peligro.
Todos. Todos amen la virtud,
todos detesten el vicio.

FIN DE LA COMEDIA.

DONDE ESTA SE HALLARÁN LAS PIEZAS *siguientes.*

Las Víctimas del Amor.
Federico II. tres partes.
Las tres partes de Carlos XII.
La Jacoba.
El Pueblo felíz.
La hidalguía de una Inglesa.
La Cecilia, primera y segunda parte.
El Triunfo de Tomiris.
Gustabo Adolfo, Rey de Suecia.
La Industriosa Madrileña.
El Calderero de San German.
Carlos V. sobre Dura.
De dos enemigos hace el amor dos amigos.
El premio de la Humanidad.
El Hombre convencido á la razon.
Hernan Cortés en Tabasco.
La toma de Milan.
La Justina.
Acaso, astucia y valor.
Aragon restaurado.
La Camila.
La virtud premiada.
El Severo Dictador.
La fiel Pastorcita y Tirano del Castillo.
Troya abrasada.
El Toledano Moises.
El Amor perseguido.
El natural Vizcayno.
Caprichos de amor y zelos.
El mas Heróico Español.
Luis XIV. el Grande.
Jerusalen conquistada.
Defensa de Barcelona.
Orestes en Sciro: Tragedia.
La desgraciada hermosura: Tragedia.
El Alba y el Sol.
De un acaso nacen muchos.
El Abuelo y la Nieta.
El Tirano de Lombardía.
Cómo ha de ser la amistad.
Munuza: Tragedia
El Buen Hijo.
Siempre triunfa la inocencia.
Alexandro en Scútaro.
Christobal Colon.
La Judit Castellana.
La razon todo lo vence.
El Buen Labrador.
El Fenix de los criados.
El Inocente usurpador.
Doña María Pacheco: Tragedia.
Buen amante y buen amigo.
Acmet el Magnánimo.
El Zeloso Don Lesmes.
La Esclava del Negro Ponto.
Olimpia y Nicandro.
El Embustero engañado.
El Naufragio felíz.
La Buena Criada.
Doña Berenguela.
Para averiguar verdades, el tiempo el mejor testigo.
Hino y Temisto.
La Constancia Española.
María Teresa de Austria en Landaw.
Soliman Segundo.
La Escocesa en Lambrun.
Perico el de los Palotes.
Medea Cruel.
El Tirano de Ormuz.
El Casado avergonzado.
Tener zelos de sí mismo.

El Bueno y el Mal Amigo.
A España dieron blason las Asturias y Leon, ó Triunfos de D. Pelayo.
Dido Abandonada.
El Pigmaleon, Tragedia.
La Moscovita sensible.
La Isabela.
Los Esclavos felices.
Los Hijos de Nadasti.
La Nina: Opera joco-seria.
El Montañes sabe bien donde el zapato le aprieta. De Figuron,
El Hombre Singular, ó Isabel primera de Rusia.
La Faustina.
El Misantropo.
La Fama, es la mejor Dama.
Pedro el Grande, Czar de Moscovia.
Entre el honor y el amor, el honor es lo primero. De Figuron,
El Matrimonio Secreto.
El Asturiano en Madrid, y Observador instruido, de Figuron.
La muger mas vengativa por unos injustos zelos.
El Preso por Amor, ó el Real Encuentro.
El Avaro, Drama jocoso.
Los Amores del Conde de Cominges.
El Perfecto Amigo.
El Amante generoso.

Comedias en un acto á real.

La buena Esposa.
El Felíz encuentro.
La Buena Madrastra.
El Atolondrado.
El Jóven Pedro de Guzman.
Marco Antonio y Cleopatra.
El Idomeneo.
El Matrimonio por razon de estado.
Doña Ines de Castro: Diálogo.
El Poeta escribiendo.
Ariadna abandonada.
Siquis y Cupido.
El Ardid Militar.
Los Amantes de Teruel, para tres personas.
El Triunfo del amor.
La Toma de Breslau.
Anfriso y Belarda, ó el Amor sencillo.
La Atenea.
El Esplin.
La Andrómaca, para 4 personas.
Bellorofonte en Licia.
Hercules y Deyanira.